Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XL | San José, Costa Rica | 1943 | Sábado 13 de Marzo | No. 5

Año XXIV — No. 957

Contenido:

Vistas Americanas

El Vice-Presidente de los Estados Unidos, Henry A. Wallace

(En el *Rep. Amer.*)

Nota.—*El presente estudio ha seguido las líneas generales y aprovechado información de la publicada en el número de noviembre pasado por la revista* Fortune *(New York).*

El Repertorio Americano *complace así los deseos del Sr. William D. Geer expresados en carta suya del 3 de diciembre del año anterior.*

Tendremos en marzo próximo el honor de recibir en territorio patrio al Vice Presidente de los Estados Unidos, descendiente de una joven dinastía de prominentes agricultores, Henry A. Wallace.

Conocedor de nuestra lengua; estimador de nuestros pueblos hispano-americanos, es él puente de diamante y corazón entre las dos Américas.

Quien lo trata no puede ahorrarle una amistad admirativa, porque se halla en presencia de una alma afectuosa y de una inteligencia penetrante nutrida de toda clase de conocimientos. Este gentilhombre alberga en su sér las dos biblias eternas: la biblia de la humanidad y la biblia de la naturaleza. Las dos brillan con la luz de la divina sabiduría.

Henry A. Wallace, el Vice Presidente, fué el hijo intelectual y moral de su abuelo, Henry Wallace.

Mentalidad inquieta la de este abuelo, hízose ministro y predicador en Iowa, para dejar su ministerio cuando sintió que sucumbía a la devastadora tuberculosis que se había llevado a siete de sus hermanos. Volvió al campo; administró fincas de la familia. Se compró un periódico de 400 suscritores, a los cuales agregó, en breve tiempo, mil más. Trabajó como editor del *Solar de Iowa* durante diez años. Y cuando su hijo Henry Cantwell Wallace, que fué Ministro de Agricultura del Presidente Harding tiempo más tarde, compró una participación en el periódico *La Granja y la Lechería*, el inquieto abuelo compró la otra parte, se hizo editor y le cambió de nombre: *Granja y Lechería de Wallace;* fué luego el *Granjero de Wallace*, cuya divisa desde entonces fué *"Labrar bien, Pensar claro, Vivir bien."* Y dió un tono de filosofía de la vida al periódico que influía en el pensar de la comunidad de finqueros del Oeste Central de los Estados Unidos; y expuso allí mismo sus ideales económicos, ya fuese que combatiera el Trust de la Carne, o la influencia de los ferrocarriles sobre el gobierno, las tarifas elevadas, o a John D. Rockefeller, o a J. P. Morgan o a Harriman o a Wall Street o a los financieros y monopolistas en general. Pero, quizás, lo que más profunda influencia dejó en todo el Oeste Central fueron sus Lecciones Dominicales, de orden moral-religioso, que solían los adolescentes aprender de memoria.

Cuando en 1916, a los ochenta años, murió, le sucedió como editor su hijo Henry Cantwell que había sido su socio por largo tiempo. Cinco años después entró a desempeñar la Secretaría de Agricultura. Fué hombre de visión que ideó proyectos y defendió proyectos ajenos para procurar levantar los precios de los productos agrícolas como un medio de mejorar la situación económica del campesinado, y, por lo tanto, de la industria y de la nación entera. Su colega Hoover le cerró siempre el camino. Henry Cantwell Wallace murió en 1924.

Desde 1910 el joven Wallace, hoy Vice Presidente, había entrado a figurar como editor asociado del *Granjero de Wallace.* Hízose aquí más profunda aún la amistad con su abuelo, que ya era bastante honda, a causa, talvez, de que ambos habían vivido más estrechamente unidos. Por lo menos, en las escasas revelaciones que de sí ha hecho, tal reconoce el insigne colaborador del Presidente Roosevelt.

De él derivó su gusto por la filosofía, la teología y los clásicos. Tan importante como ese gusto es en él la intensa curiosidad acerca del por qué de todas las cosas, que es, quizás, el más bello resultado de una devoción por la ciencia y por la filosofía. De él aprendió también cuán arduo es el trabajo de reconstrucción después de una guerra.

El había presenciado aquella dolorosa convalescencia de los Estados Unidos tras la guerra abolicionista; y, por su parte, el joven Wallace había auscultado los estertores que siguieron a la primera Guerra Mundial, la estrenua adaptación de las jóvenes generaciones a un mundo en transición. Lo cual explica, en parte, su visión profética de la post-guerra, de la gigantesca tarea de construír una nueva economía salvando de la antigua lo mejor que deje flotando el naufragio para acomodarla a la democracia económica que apunta en el horizonte; la democracia en que cada sér humano, por virtud de la ciencia y la tecnología, "tendrá suficiente que



Mr. Henry A. Wallace

comer, suficiente que vestir y decente albergue que habitar," para decirlo con sus mismas palabras.

Su juventud fué de observación, de reflexión y de estudio. Mientras sus compañeros se divertían él atesoraba mazorcas de maíz y contaba hileras y granos, hacía selección de mazorcas para sembrar hasta llegar finalmente a la hibridación que produce más abundante grano, y que se extendió por todo el Estado de Iowa. Hubo en este Wallace fe de místico durante todos estos años en busca del maíz que diera las más abundantes cosechas. Y lo alcanzó. Y año tras año investigó los resultados de la semilla de maíz híbrido que él vendía a los granjeros de Iowa. Siempre con la ventaja de tres a seis sacos más por acre que culquiera otra semilla.

Con ello amasó un mediano capital. Lo que no fué obstáculo para continuar estudiando por sí mismo Cálculo y Astronomía; se ocupó en Estadística, que es una de las ciencias más fascinadoras, porque ella suele revelar lejanas y misteriosas relaciones, y se proyecta en hechos y acontecimientos del porvenir. Una Estadística total y perfecta sería el libro de todas las profecías.

Por deporte aprendió el lanzamiento del boomerang, luego se interesó en construírlos, de acuerdo con nuevos planos, nuevas curvas y fi-

nalmente se internó en el estudio de la aerodinámica para llegar a comprender ese extraño fenómeno del retorno del boomerang al punto de partida. Y conducido por la misma curiosidad intelectual quiso descubrir la influencia de los planetas en los fenómenos atmosféricos para la predicción del tiempo. Halló que las matemáticas de la Astrología son una Astronomía goecéntrica, en tanto que la Astronomía propiamente dicha es heliocéntrica.

De ese interés suyo en las relaciones de las cosas y los fenómenos que en él se despertó a medida que consideraba las variaciones y correlaciones agrícolas, apareció en su mente el claro concepto de un internacionalismo que ha de imperar entre todos los pueblos para bien de la humanidad, y también surgió su filosofía de la abundancia que es el pensamiento medular de su discurso *La Victoria de un Mundo Libre*.

De modo gráfico expresó esa filosofía cuando dijo que "cada sér humano en el mundo debería tener cada día una botella de leche que tomar". Por la primera vez en la historia de la humanidad ciencia y tecnología desterrarán del mundo el hambre y la privación.

Esto es para el señor Wallace el descenso del Reino de Dios sobre la tierra, la realización de la paternidad de Dios y la fraternidad del Hombre. Cree con firmeza que esto "puede manifestarse aquí en la tierra y dentro del ciclo de vida de los hombres que existen en nuestros días."

Su filosofía de la abundancia no se ha refugiado aún en las páginas de un libro, si bien aquí y allá en sus libros y notablemente en su discurso antes mencionado, aparecen lineamientos que imparten solidez a nuestra creencia en la firmeza de sus convicciones. Por otra parte, a pesar de su idealismo, no se aparta de la visión de las cosas reales y subraya las dificultades que han de vencerse antes de llegar a la bella tierra de promisión. No obstante, los acontecimientos se desenvuelven con celeridad en nuestro siglo.

Seguros los hombres de que el más glorioso capital de la tierra es el hombre, que es la fuente de todos los valores y origen de todas las riquezas, pondrán los nuevos estadistas singular empeño en restaurar a los seres humanos toda su dignidad, suministrándoles todos los medios para que vivan con holgura con decencia. Sólo se requiere, en primer término, comprensión de esa tan sencilla verdad, y luego la organización de las sociedades sobre la base de una democracia económica.

No se le ocultan al ideal realista que es el Vice Presidente Wallace las graves dificultades que comporta el establecimiento de esa democracia económica; pero él, vencedor de obstáculos, no se amilana por ello. Es verdad que el fascismo o el socialismo tienen dogmas definidos y reglas precisas para alcanzar sus objetivos. La democracia no los tiene; por eso su camino parece tortuoso, mas a la larga se remontará más lejos; pues que a cada culminación suya se le amplía el horizonte.

En su administración de la Secretaría de Agricultura, al resolver problemas de la nación, puso los fundamentos de una organización mundial: paz, buena voluntad, producción abundante, participación de todos en la riqueza abundantemente producida. Y esto alcanzado sin servidumbre de nadie y al amparo de las leyes. Se adumbra, pues, una política en que el "estado establece los principios y regula tarifas, moneda, producción y precios, sin intervenir en la vida privada de los ciudadanos." Un mundo en el cual la lucha por la existencia queda subordinada al principio de cooperación.

Alzase claro su pensamiento de que dentro de esa democracia económica regida por la ley cardinal de cooperación "nada hará el gobierno para enfriar el ardor o embotar la penetración de aquellos individuos que en el porvenir como en el pasado, son los que "levantan la bandera de la inventiva genial de los negocios norteamericanos." Y la fuerza para esa marcha ascencional "la suplirá el renacer de un profundo sentimiento religioso de parte del individuo sobre la base del "concepto de que el mundo, es en verdad un mundo, de que la naturaleza humana es tal que todos los hombres pueden mirarse unos a otros como hermanos".

Es hombre de muy rica experiencia religiosa. El ha querido, como el autor de estas líneas, vivir en sucesión diversas formas del cristianismo para experimentar los efectos espirituales de ellas.

Los republicanos, entre los cuales figuraron los Wallace, inclusive el actual Vice Presidente hasta 1936, han repetido las palabras de su padre: "lo que ocurre con este muchacho es que es un soñador." Y sin embargo, entre los colaboradores del Presidente Roosevelt, quizá ninguno ha manifestado el espíritu práctico mejor desenvuelto que él, que este Wallace soñador. Sólo que él quiere que sus sueños lleguen a realizarse. Tal es el impulso de su realismo.

Esos mismos republicanos aseveraban respecto de este Henry A. Wallace que siendo heredero de las cualidades de su abuelo también le heredó su propensión al ensueño. Y que a este soñar se debió la fusión y luego la desaparición del *Granjero de Wallace*. En realidad, es que cuando tal cosa ocurrió, él estaba en Europa y no supo del negocio sino a su regreso. Por otro lado, también los republicanos solían asegurar que era "un plutócrata enriquecido mediante la compañía por él fundada para lanzar al mercado su maíz híbrido". Como los republicanos propalaban las dos versiones, él les rogó que se decidiesen por una cualquiera de las dos.

De todas las grandes y valiosas empresas de la Administración del Presidente Roosevelt la que mejor éxito alcanzó y en más breve tiempo, fué su programa agrícola bajo la dirección de Wallace. En él se propuso y logró acrecentar la renta de los granjeros y restaurar la fertilidad a millones de hectáreas. Hubo de arar campos de algodón y dar muerte a millares de lechones contra sus mejores sentimientos humanitarios. Lo juzgó necesario y lo hizo. Y se obtuvo el fin deseado.

La idea de su plan de granero perpetuamente normal en donde se recogieran los excedentes de las cosechas de los años de las vacas gordas, que ha sido una bendición para las naciones unidas, fué áurea espiga encontrada en una disertación doctoral titulada *Los Principios Económicos de Confucio*. Porque el señor Wallace es omnívoro lector.

En su libro *América debe escoger*, publicado en 1934, planteó con precisión el dilema: o nos hacemos nacionalistas, y entonces debemos retirar del cultivo de nuestras tierras fértiles el cultivo de cincuenta millones de acres que se araron para suplir las deficiencias europeas durante la guerra pasada, o nos hacemos internacionalistas, y entonces debemos rebajar las tarifas para permitir la entrada de un billón de dólares de mercaderías extranjeras. Su solución no acogió ninguno de los dos extremos. Aconsejó retirar 25 millones de acres y permitir el ingreso de medio billón de dólares en mercaderías del exterior.

Su anhelo de fraternidad humana le impulsó hace unos ocho años a hacer práctico su anhelo confinándose al Hemisferio Occidental y se dedicó a aprender el español para familiarizarse con el pensamiento y el sentir de Hispano América. Por su lengua se entra en el espíritu de un pueblo. Viejo sentido común humano, como lo llama el Presidente Roosevelt.

El Vice Presidente no tiene la afición, y mucho menos, la pasión de la política. Ha rehusado conservar en sus departamentos o juntas a hombres que por alguna causa juzgó ineficientes o incompetentes. Los motivos políticos no lo agitan a conservar ni a despedir a su empleados. De ahí también la reserva o falta de familiaridad con ellos.

Ya desde mucho antes de ascender a la Vice Presidencia se difundía la opinión de que el señor Wallace podría ser, dentro del partido demócrata, el más digno sucesor del Presidente Roosevelt.

Es el primer Vice Presidente que ha tomado a su cargo otras importantes funciones además de las de presidir el Senado. Ahora, por ejemplo, es el presidente de la Junta de Guerra Económica, encargada, con sus 2.500 empleados, de descubrir en dónde se hallan todos los minerales y materiales de guerra y de prevenir que los enemigos echen mano a ellos, así como aconsejar al Ejército en dónde conviene arrojar las bombas destinadas a paralizar las fuentes industriales del enemigo.

Lo que impondrá también la erección de vastas obras públicas después de la guerra. Y

a la acusación de que se empeñan en extender la política económica del Nuevo Rumbo (New Deal) a otras regiones del globo, esa Junta responde que una producción eficaz y suficiente no puede obtenerse con trabajadores que reciben salarios de hambre por jornadas matadoras. Piensa Wallace que "a los trabajadores no puede tratárseles peor que a mulas. Sería un mal negocio."

El Vice Presidente crece más cada día en la estimación pública.

Se dice que le falta el *no se qué* del caudillo. Esa audacia para afirmar: "Así me lo ha dicho Dios" — que es el secreto de la fuerza del profeta. Talvez lo que ocurre es que su cultura es más extensa, más honda su tolerancia de las opiniones opuestas, profundamente humano y bastante modesto para creerse una voz de Dios sobre la tierra.

Hombre de cincuenta y cuatro años, todavía se halla en vías de transformación. Crece y cambia. Tiene la visión profética. Y el mundo nuevo cuyos lineamientos él ha trazado en su discurso *El Precio de la Victoria de un Mundo Libre* ha recibido ya molde ideal y flexible y realizable del tesoro del entendimiento de este grande hombre de los Estados Unidos: Henry A. Wallace, el amigo de las Américas.

R. BRENES MESEN
Profesor emérito. Northwestern University

Costa Rica, II-1943.

El Hombre frente al Destino?...

(En el *Rep. Amer.*)

No sé dónde y cuándo he visto lo que estoy escribiendo; pero como ese recuerdo, en sus lineamientos generales, bullía en mi mente, allá en mi infancia muy lejana, pienso que lo he vivido en otros siglos y en otros pueblos, en uno de tantos misteriosos avatares.

Era una estancia bañada de sol primaveral, alegre como el niño que canturreaba algo que hace muchos años olvidé, mientras arrastraba un juguete por el piso.

En una cuna blanca, bajo unas cortinas color de cielo, dormía un pequeñito.

Sonreía de vez en cuando.

—Con quién sonríe su hijito, señora?,—dije a una dama, muy joven y muy bella, que lo contemplaba con amor.

—Conversa con los ángeles,—me contestó un anciano de noble aspecto, que con ella departía.

—Quién es, ese señor?,—pregunté a la última.

—Es un poeta,—me dijo en voz muy baja, hablándome al oído;—tal vez un filósofo; aunque muchos afirman que es, sencillamente, un loco. Ve lo que no ve el resto de los hombres... Dicen que su lámpara, esa muy azul que le acompaña, alumbra el fondo misterioso del espíritu.

—Cómo sabe Ud. que ese niño es mi hijo?—continuó.

—Ignoro cómo; pero estoy completamente seguro de que así es,—le respondí, confuso.

—El fulgor inconfundible que tiembla en unos ojos de mujer, cuando contempla a un niño, jamás engaña,—dijo el anciano;—es único, porque sólo las madres miran de tal suerte. No se copia en lienzos, ni se expresa en palabras, como la acaba Ud. de comprobar, porque no cabe en moldes tan estrechos; pero en él se siente una chispa desprendida del sol de Dios, injertada en el corazón de un sér humano, cuando se transforma en divino al dar la vida a un nuevo sér.

—Frente a una cuna,—continuó,—se piensa en el porvenir, como la esfinge, impenetrable.

Y si el inocente descansa sobre harapos, bajo el sórdido techo de un tugurio, el pensamiento es cortante y doloroso como el filo de un puñal.

—Porque el porvenir de un niño sin herencia es un fracaso,—le observé.

—El éxito o el fracaso, en cuanto a la vida superior conciernen, son vocablos cuyo sentido está sujeto a la diferencia de criterios, diametralmente opuestos en muchas ocasiones. En alguna de las civilizaciones seculares del Oriente, hombres audaces y geniales cruzaron el espacio en máquinas aéreas, que volaban. Excavaciones subterráneas en Egipto u otra de esas regiones admirables, prueban la existencia inmemorial de aquellas naves, que el hombre del porvenir habrá de resucitar. Muchos de los que vieron al primer aeronauta ascendiendo por el aire, en un globo primitivo, exclamaron con lástima o desprecio: No desearíamos estar dentro de la piel de ese loco, que a lo mejor se romperá los huesos.

—¿Y si triunfara, poniendo el aire al servicio de una locomoción novísima, que sería un bien inestimable para el hombre?,—preguntó alguien.

—En ese caso, tampoco correríamos semejantes riesgos, porque no somos... tan imbéciles!,—contestaron a coro quienes así pensaban; la inmensa mayoría de los espectadores.



Ese detalle es simbólico: en él asoma su oreja de asno el instinto egocéntrico, que guía casi a la totalidad de la especie humana.

Si al principiar la vida se diera a conocer a los niños, con clara visión de lo que tienen por delante, uno de estos dos caminos, los únicos que el destino les ofrece: el que siguen quienes van a ras del suelo, sin ideales muy nobles y sin pesares muy grandes, sufriendo, apenas, las penas materiales, o el otro, que escalan los hombres-águilas, bajo un cielo a todas horas preñado de tormenta; fuera de lugar, porque están muy alto; fuera de tiempo, porque llegaron antes de su hora; si se les ofreciera esa oportunidad de elegir, seguramente la humanidad estaría, casi totalmente, integrada por gansos...

—O, lo que sería más expresivo, más bajo, más animal; pero más plácido,—interrumpió la dama, con un gesto amargo de ironía:—la humanidad sería inmensa piara.

—Es probable que su hipótesis sea más acertada que la mía,—dijo, sin parar su atención en el tono incisivo de la dama.

—Me preguntaba Ud.,—continuó, hablando conmigo,—si el hijo del arroyo está irremisiblemente condenado a fracasar. De inmediato debo recordarle que las águilas se incuban, con frecuencia, magnificando su desgracia, en esos nidos de miseria: bajo sus plumas sangrarán, entonces, todos los dolores; a los de la infancia, se sumará un nuevo infortunio, el que hiere más hondo y más largo ¡toda la vida!, a quienes llevan mucha luz en el alma.

Podría contestarle que no fracasará, si es signo de victoria ascender a una cima en donde soplan vientos que se diría impregnados de locura, porque pueblan el espíritu de delirios inmensos, que un porvenir muy lejano convierte en portentosas realidades; podría decirse que sí fracasará, porque las frentes que se yerguen en la altura atraen siempre el rayo.

—Y si en vez de nacer en un tugurio, le hubiera correspondido hacerlo bajo el techo artesonado de un palacio, ¿sería feliz?—le pregunté.

—El destino no hace esas diferencias: un sombrero raído o una corona real pesan lo mismo en su balanza; es la cabeza ilustre que ellos cubren lo único que cuenta.

—¿Entonces?,—le dije.

—Entonces, los menos desgraciados son los que integran la masa gregaria; con apetitos, pero sin ideales; con instintos, satisfechos o no, pero sin aspiraciones, cuya realidad imposible en muchos años, es tortura del infierno.

Y sin embargo, el hombre, en sentido colectivo, podría ser menos desgraciado; pero no lo será porque no puede encontrar el camino quien lo ha equivocado por milenios.

—Entonces?,—preguntó, a su vez, la dama.

—Entonces, él debiera ir por todos los senderos, abriendo surcos y depositando simientes de verdad y de justicia, sin importarle que lo hiciera en tierras de egoísmo. Si es desgraciado, debe extraer del fondo torturado de su entraña, santa piedad para el dolor ajeno; si no lo es, debe depositar toda la suma posible de ventura en donde ésta falta. Una palabra de consuelo, una voz de aliento, una moneda furtivamente deslizada, tienen, en ocasiones, el sabor de lo divino y el efecto de la gracia. Debe ir, con el corazón abierto, siempre abierto, para que éste escuche el llanto que llega de todos los rumbos, e ir allá, a secar lágrimas, a curar heridas, a redimir con el amor y con la luz. Así encontraría un poco de esa felicidad que en vano busca en la riqueza, en el poder, en la conquista, en la opresión, en brutales victorias contra hermanos.

—¿Ha encontrado esa ventura, Ud., que ha

sido constante sembrador del bien?,—le interrumpió la dama.

Calló el anciano, y pasó por su frente una sombra cargada de infinita pesadumbre. ¿Aleteaba sobre ella el recuerdo de un sueño sin ventura de sus años mozos? Sangraban en su corazón viejas mordeduras de la envida y la calumnia? Era el peso abrumador de su grandeza incomprendida el que así lo entristecía?

Esas modalidades de su pena no nos importaban: el silencio que se hizo en torno a su cabeza venerable, decía, hondo y alto, que sí habíamos escuchado y entendido su silencio.

Se sentía, en aquella alma, la noche que dejó Federico Nietzche en muchas páginas dolientes de sus libros; pero, también y sobre todo, en ellas se sentía, como en las flores que coronan el ataúd de un héroe, olor a gloria y a martirio; anhelos sin nombre, nunca satisfechos, de unción y de consuelo; de paz y de esperanza para los infortunados de la vida.

Mientras hablaba, yo comprendía, más que en sus conceptos, en su acento vibrante y armonioso, algo que iba, como un dardo, recto al corazón. Bajo sus cejas muy blancas y muy luengas, en el fondo pálido del rostro, brillaban dos ojos muy negros, plenos de ardor y juventud, como si el tiempo los hubiera respetado. Sobre su boca triste florecía, dulce, una sonrisa, contrastando con el amargo sabor de sus palabras. El movimiento acompasado de sus manos, subrayaba, ennobleciendo, su dicción.

Entonces paré mientes en la lamparita azul de que me había hablado la señora.

—Esa, me dije, es la de los sueños; la que alumbró a Juan, en Patmos, cuando su pluma forjaba relámpagos y truenos para construir su Apocalipsis; la que irradió en la cima del Chimborazo, sobre la frente de Bolívar, cuando escribía la inmensidad de su Delirio; la que imaginó Cervantes cuando hizo cabalgar a don Quijote sobre su Clavileño de milagro; la lamparita azul que llevan en el alma todos los poetas, los sabios, los inventores, los héroes y los santos; todos los sublimes visionarios de la historia.

Despertó el niño y apoyando las rosas de sus manos en el borde de la cuna, empezó a hablar.

No entendía la música de sus palabras; pero lo escuchaba con encanto. ¡Inundaba la estancia de gorgeos!

—Yo comprendo lo que habla,—dijo la madre;—porque el lenguaje de los niños lo traduce el corazón.

Yo veo, al través del cristal de sus ojos, el fondo inmaculado de su sér, como al través de las aguas del arroyo en la montaña, se miran las arenas de oro de su lecho.

Yo descifro la alegría impalpable de sus sueños, como el poeta... porque soy su madre!

Cuando ésta se levantó para atender al grandecito que, a horcajadas sobre un mueble, amenazaba con un pequeño cataclismo, dijo él: Hay algo que las infortunadas no ven, porque las ciega el amor y la ventura: el porvenir de sus hijos, casi siempre grávido de penas.

—Las alas que el chiquitín lleva a la espalda... se agitan inquietas!,—murmuró, mirando atentamente al niño.

Regresó la madre y lo tomó en sus brazos.

—¡Tiene fiebre!, exclamó angustiada.

El bebé había enfermado seriamente. Y sin embargo, reía, como imaginamos que deben reír, allá en el cielo, todos los bebés... cuando se van; mejor dicho, cuando llegan. Y sus ojos ingenuos se detenían, a veces, largo rato, como si contemplaran algo perdido en lo infinito.

Lo atendieron de inmediato unos señores muy serios y muy sabios.

—Pronto estará bien,—afirmó alguien.

—Quiere volar!,—murmuraba, en voz baja, el noble anciano.

Se obscurecía el límpido fulgor de su mirada; la música de su voz temblaba como notas que se extinguen en misteriosas lejanías; su piel rosada iba tomando el color de hoja seca de todo lo que cae.

—¡Quiere volar!,—repetía, de modo solemne, aquél.

Y una tarde de verano se llevaron al niñito, encerrado en un ataúd color de armiño.

—¿Cómo fué esto?,—sollozaba la madre, dirigiéndose al anciano.

—Voló a Dios, señora, al convertirse en ángel... Para eso eran sus alas y era ésa su inquietud. El... ya es feliz!,—respondió, apretando entre sus manos enflaquecidas, las manos de nieve de la dama

. . . .

Pasaron veloces los años.

El otro niño se convirtió en hombre.

Lo vi caminando por una pendiente escarpada, muy estrecha y muy sombría, cuyo fin no alcanzaba a percibir.

—A dónde irá?,—exclamé.

—¡Quién lo sabe!,—me contestó una voz que había oído en otro tiempo.

Miré atrás y me encontré con el anciano.

—Perdió las alas que hicieron tanto bien a su hermanito,—prosiguió.

Esa senda por donde va, es la vida: obscura como la selva de que nos habla el poeta florentino; dolorosa como la vía que recorrió el Hombre del Calvario; larga porque las horas de luto tienen la dimensión de los siglos. Allí lo azotará el huracán de las pasiones, que muerden en la carne y en el alma; rodará muchas veces y se levantará otras tantas, para seguir ascendiendo, con su cruz a cuestas.

—Por qué no regresa o se detiene?,—le observé.

—Porque en la distancia alumbra una pálida estrella, que lo atrae con su temblor fascinante... Hacia ella camina siempre, sin poder alcanzarla nunca: es la esperanza.

—El libre albedrío podría frenarlo en su carrera,—argumenté.

—Es ese otro vocablo que, dicen, contiene una verdad; pero, como todas las construídas por el hombre, de significado muy ambiguo: el ambiente moral, el ambiente físico, la herencia con su peso milenario; el psíquico inconsciente, como lo llama el doctor Jung, son ataduras que no puede romper la voluntad.

Uno de tantos días, cuando el hombre cree que ya es suya la esperanza, como si tuviera entre las manos un puñado de luz del sol, tropieza y se desploma en el fondo de la tumba.

—Afirma Ud. que el hombre marcha sin rumbo, como un sonámbulo?—le dije.

No me contestó, porque había desaparecido.

Queda en pie la incógnita sombría.

La vida ilustrará al lector, si quiere responder a esa pregunta, que ha escuchado tantas veces el abismo.

V. MEJIA COLINDRES

San José de Costa Rica, marzo de 1943.

Poesía árabe y poesía arábigo-andaluza

por PIO BOLAÑOS

(En el *Rep. Amer.*)

Acerca de Mutanabbi escribe un interesante artículo el joven arabista español, Enrique García Gómez. Interesante por los datos que aporta sobre "el mayor poeta de los árabes" y, asimismo, porque ese estudio unido al libro del mismo autor relativo a la poesía arábigo-andaluza y del que nos ocuparemos enseguida, abre de nuevo el tan debatido asunto de la influencia de esta poética en la española; influencia que no aceptaba el erudito don Marcelino Menéndez Pelayo. Como se verá más adelante, los trabajos de García Gómez, originaron ya dos opiniones favorables a esa influencia: la de don Ramón Menéndez Pidal y la de Dámaso Alonso que aceptan el influjo de la poesía árabe en la española.

Mutanabbi, cuyo nombre significa en su lengua, "el que se las da de profeta", vivió de 915 a 965, de la Era Cristiana. Su vida aventurera, según García Gómez, se deslizó en el desierto en luchas con la naturaleza y con las tribus beduinas enemigas, hasta perecer a manos de una banda de éstas que le robó sus mujeres y sus tesoros.

Al hablar del contenido de la poesía antieslámica, García Gómez hace las siguientes consideraciones:

"El período del paganismo árabe, en esta lengua se llama *chahilyya*, o sea,, en traducción literal, "tiempos de ignorancia", sin dar a esta palabra su sentido peyorativo. Tal como se nos ha conservado esta poesía es una imponente construcción literaria. Ningún balbuceo formal: metro, rima, lenguaje son de una perfección acabada. La lengua árabe se ha modificado después, más o menos, aunque, desde luego, muy poco; pero talvez, en punto a riqueza y finura, no ha hecho sino retroceder. El mundo espiritual de esta poesía, arma política de primer orden, es reflejo exacto de la vida beduina: falta de preocupación religiosa: febril exaltación del honor, de la guerra y de la venganza; exhortaciones morales; cantos de placer entonados por guerreros feroces y disolutos; poemas de amor ya sujetos a tópicos inmutables. Y toda la vida cotidiana, terrible y áspera del desierto: los itinerarios, las aguadas, los campamentos, los robos, las algaras, los peligros, las hambres, las fieras, los camellos, los caballos veloces.— Las metáforas son de una osadía des-

concertante: la minuciosidad en algunas descripciones, increíble. Esta amalgama de un espíritu bárbaro y heroico con una forma perfecta; esta fusión de la vida real y más penosa con las más rígidas convenciones literarias, hacen de la poesía antieslámica un mundo aparte, admirable y cerrado, dentro de la literatura universal... Mutanabbi, es un espíritu neoclásico que restaura enérgicamente las viejas arquitecturas poéticas, integrándolas con elementos posteriores, que las ponían en trance de disgregación" (1).

Para formar un juicio más amplio del "mayor poeta de los árabes", sería menester reproducir aquí los trozos de su obra reunidos por el comentarista, pero no siendo esto posible, por falta de espacio, bastarán unos pocos de ellos para apreciar y aquilatar el numen poético y la honda filosofía que expresó ese beduino del desierto. Hemos seleccionado algunos que bien parecieran tomados de fragmentos de Píndaro o de Sófocles, tales como éstos:

"No te quejes a nadie, porque has de producirle alegría:
Es como si un herido en la lid se queja a los cuervos y a los buitres".

"Los instrumentos de la vida son el vigor y la juventud:
cuando ambos abandonan al hombre, la vida se va".

"Morir y sufrir son para mí preferibles a la inacción:
Anchísima es la tierra y el mundo, de quien vence".

"La miseria de mi vida sería perder mi honor, pero no sería miseria perder la riqueza".

"Yo soy el pájaro que gorjea y los demás son el eco".

Al Califa de Bagdad, implorándole un auxilio para su vida, auxilio que le fué ampliamente otorgado, Mutanabbi le dice:

"He venido a ti, sin torcerme hacia ningún otro,
arreando mis dos monturas: la Miseria y el Arte".

El *rahil* de la *casida* en que el poeta describe su salida de Egipto, está lleno de prodigiosos aciertos, en frasas no estudiadas:

"¿Hasta cuando competiremos con los luceros en viajar de noche?
Pero los luceros viajan sin sandalias ni piés, y no pesa en sus párpados el insomnio
que aflige al peregrino vigilante.
Luego el sol ateza nuestros rostros blancos,
y, en cambio, no ateza nuestras barbas ni nuestras melenas ya canas
aun cuando la sentencia debiera ser igual,
si ante un juez pudiéramos litigar en el mundo.
Nunca dejamos que el agua cese de caminar;
lo que no cambia en la noche, cambia en nuestros odres".

A su entrada a Persia, llevado por sus andanzas aventureras, describe la naturaleza de la región en oportunos símiles que le nacen de la emoción del momento:

"Caminábamos de mañana—Los ramos acudían
sobre las crines de nuestros caballos menudo aljófar,
y, mientras avanzábamos, me ocultaban el sol,
sin dejar más luz que la precisa.
La claridad naciente sembraba en mis vestidos
piezas de oro, fugitivas a mis dedos.
Había frutas tan apretadas y de piel tan fina,
que parecían licores prestos a ser ingeridos sin vaso,
y aguas corrientes donde resonaban las guijas, como alhajas en las manos de las hermosas...

El poeta canta en gráfica y sugestiva forma, los blasones y arreos del árabe en el desierto:

"Arabes como sus linajes, eran sus banderas y sus blasones,
y sus arneses y sus armas emponzoñadas".

En la *Rislat-al-gufran*, nos cuenta García Gómez, "Abu Amir Ibn Suhayd (992-1035), un esteta de Córdoba, describe, como Dante en la *Divina Comedia*, un viaje a las regiones de ultratumba en compañía de su genio con quien ha trabado amistad. El último poeta a quien visitan a Mutanabbi. Lo ven de lejos. He aquí como lo describe Ibn Suhayd: "Estaba como una palma sobre la duna: Cubría su cabeza un turbante rojo del que pendía flotante un cabo amarillo. Llevaba la lanza apoyada en el hombro. Iba montado sobre una yegua blanca,"

A propósito de la referencia anterior, queremos reproducir aquí lo que González Palencia dice acerca de la influencia ejercida por la poesía árabe en algunos espíritus occidentales y en especial sobre el altísimo poeta florentino.

Con el título de *Dante y el Islam* hace dicho autor el siguiente comentario: "El Primitivo modelo musulmán que pudo influir en la concepción de la *Divina Comedia* lo halló Asín (Miguel Asín Palacios, autor de la escatología musulmana de la *Divina Comedia*, publicada en 1919), en la leyenda del viaje de Mahoma al Infierno (*isra*) y de su ascención al Cielo (*mirach*), leyenda divulgada en versiones populares en el Islam, por lo menos desde el siglo ix, y enriquecida y poetizada por teólogos y literatos en siglos sucesivos..."; y, ampliando su comentario González Palencia, añade esto: "Y hasta el espíritu, el sentido alegórico-moral de la *Divina Comedia* no era nuevo: los *sufíes* o místicos musulmanes, especialmente el murciano Abenarabi, aprovecharon como Dante, la acción dramática del viaje de un hombre, Mahoma, a través de las regiones de ultratumba, y su ascensión a los cielos, para simbolizar la regeneración de las almas por la fe y las virtudes teológicas". (2)

García Gómez, como decíamos antes, publicó, asimismo, un libro, "Poemas arábigoandaluces" que le ha valido entusiasta comentario de parte de Dámaso Alonso, comentario del que copiaremos algunos párrafos concerientes al objetivo de este artículo. Dice este autor:

"Lo poco que los lectores corrientes conocíamos de la poesía de los árabes en España eran las retraducciones, a través del alemán, de Don Juan Valera, en las que, entre la lejanía del original y la adaptación a distintos tipos estróficos españoles, se habían seguramente perdido muchos encantos y no poca porción de exactitud. Y cuando leímos las traducciones que García Gómez nos daba se nos descubrió un mundo nuevo: resultaba que todo lo que en la metáfora podía haber hecho el genio de Góngora y en técnica, cumbre de una tradición larguísima, todo lo habían hecho hombres del sur de España desde el siglo x al xiii... *carmina non prius audita*, así califica García Gómez a las poesías arábigo-andaluza".

En opinión de Dámaso Alonso esa poesía tuvo, como la latina en su evolución tres períodos: el preislámico, lo moderno y la restauración en el siglo x con Mutanabbi, que aunque nunca estuvo en España, los poetas arábigo-andaluces, que la conocían, bebieron en esa fuente "En Mutanabbi, agrega este mismo autor", se entronca la poesía arábigo española; pero nos advierte García Gómez, el Mutanabbi que influyó entre nosotros fué el ingenioso más que el pensador. (3)

Vamos ahora a reproducir aquí, siquiera sea algunas de las poesías que Alonso trae en su artículo, vertidas al castellano por García Goméz. Demás está decir, que esas poesías así como las que nos ofrece González Palencia en su obra, traducidas casi todas por don Juan Valera, y las que, asimismo, vertió a prosa francesa Dozy, en su interesante libro, son todas ellas, bellos trozos de poesía de esa raza nómada del Islam, vigorosa, gallarda y audaz, que salida del desierto africano llegó en el Oriente, hasta Persia y la India; en el Norte hasta las puertas de Bizancio; y en el Oeste, hasta los Pirineos, asentándose en España como fuerza cultural dominante sobre todos los pueblos que anteriormente existían. Esa poesía árabe, según afirma Julián Ribera, citado por González Palencia, sirvió de potente arma de asimilación y de fuerza a esa raza conquistadora; "que la empleaba para enardecer a los soldados en los campos de batalla, enfervorizar a la muchedumbre refiriéndoles hechos guerreros que los narradores divulgaban por calles, plazas y caminos, atrayendo la admiración popular".

Abenzaidum, uno de los poetas árabes traducidos por García Gómez, describe el delicado sentimiento, galante y amoroso que le sugiere la amada en estas estrofas:

"Nadie diría que dormimos juntos,
de solo nuestro amor acompañados,
cómplices del lucero favorable
que el párpado sellaba del espía;
de la sombra escondido en el seno,
dos secretos rozaban la inminente
delación de la lengua de la aurora!

Esa bella y sensual *casida*, fué escrita en los hermosos jardines de Medina Azara, regio alcázar construido por Almanzor y que llevaba el nombre de una de sus hermosas esclavas, alcázar descrito, a su vez, por don José Antonio Conde, "como obra grande y de grandeza fábrica" rodeada de otros edificios, "todos de maravillosa labor, con fuentes de agua pura y cristalina, en pilas, conchas y tazones de mármol en variadas y artísticas formas".

"Cuando la noche arrastraba su cola de sombra,
le dí a beber vino oscuro y espeso con el almizcle en polvo
que se sorbe por las narices.
La estreché como estrecha el valiente su espada,
y sus trenzas eran como tahalíes que pendían desde mis hombros.

Hasta que cuando la rindió la dulce pesadez del sueño, la aparté de mí, a quien estaba abrazada.
La alejé del costado que amaba para que no durmiera sobre
una almohada palpitante!"

Canta este último, de Abenbaqui, el cordobés, autor de un precioso poema de amor.

Hay otro trozo de poesía que tiene el brillo de las imágenes que presenta Dante en el Infierno, como éste:

"*Vió la estrella a un demonio espiar furtivamente a las puertas del cielo,*
y se lanzó con él, encendiendo un camino de llamas".

A propósito del origen de la épica medieval, Damaso Alonso observa en su escrito ya citado que nadie según él, sustenta ahora la teoría del origen árabe de esa épica, pero sí opina a la par de Menéndez Pidal, quien ha estudiado a fondo ese asunto, que la discutidísima forma del zéjel y la del amor cortés en la poesía arábigo-andaluza, influyeron en la poética europea. De paso, hay que agregar aquí, que Dozzy sostiene la misma tesis.

Dice Alonso:

"Si frecuente es la posición platónica entre los fragmentos seleccionados (por Menéndez Pidal), y a veces de un modo tan decidido como en el de Abenmuterrif (pág. 143), más frecuente es, sin duda, el del amor sensual, patente en la ya amorosa, ya frenética, adoración de la belleza física, asunto que García Gómez ha tratado separadamente en un delicioso artículo: "El sentimiento de la belleza física en la poesía árabe". La poesía árabe también podía expresar apasionadamente eternos sentimientos humanos.

El comentarista Alonso cierra su estudio con estas laudatorias frases: "Hombre de enorme lectura y tan versado en letras europeas como en las arábigas—posee un sentido del idioma y un incorruptible gusto—tal como un don Juan Valera— le alejan en absoluto de todo lo que sea "literatura" y énfasis superpuestos, y que le libra lo mismo de la vulgaridad que de la (más vulgar aún) extravagancia.. Sólo un auténtico poeta unido a un hombre de profundos conocimientos científicos, ha podido ser el seleccionador, traductor y prologuista de este libro, que honra a la literatura española".

Volviendo ahora sobre el debatido tema de la influencia de la poesía árabe en la española y aun en la europea, no estaría demás exponer aquí otros juicios favorables a dicha influencia, después de los citados anteriormente,; pero antes, es menester reproducir lo que informa González Palencia acerca de quién fué, a su juicio, el primero que vislumbró dicho influencia.

Fué don Juan Andrés, jesuita expulso, siguiendo a González Palencia, quien rotundamente afirma que "la poesía española nace por imitación de la árabe, pues piensa lógicamente que el frecuente trato de cristianos y musulmanes había de sugerir por necesidad la tendencia a la imitación". Más, agrega Don Juan Andrés: "que la poesía provenzal, antes debe reconocer por madre a la arábiga que a la griega o la latina. (4)

A su vez, Gaston París, sostiene que varias obras árabes, y las enumera, fueron traducidas al francés de la época medieval, y que los "*fableaus* franceses tienen su origen en los cuentos llevados a Francia por los mismos árabes". (5)

Dozy, autor de la mejor historia de la dominación de los musulmanes en España, inserta en un párrafo de un escrito de Alvaro de Córdoba, amigo íntimo del mártir San Eulogio de la misma ciudad, en los que ese dulce poeta se lamentaba y ya en el siglo ix, de que sus correligionarios "se complazcan en leer poemas y novelas árabes; estudian las doctrinas de los teólogos y filósofos musulmanes, no para refutarlas, sino para adquirir un estilo arábigo elegante y correcto... Los cristianos han olvidado hasta su idioma, y entre mil apenas encontraréis uno que sepa escribir correctamente en latín una carta a un amigo; pero si se trata de escribir en árabe, hallaréis multitud de personas que se expresan con la mayor elegancia y que componen poemas preferibles, artísticamente, a los de los mismos árabes". (6)

Puede afirmarse ya, con plena seguridad, que las numerosas traducciones y aún los más numerosos comentarios de los árabes hechos durante toda la Edad Media, sobre las obras de la antigua Grecia, sirvieron para dar a los pueblos modernos las primeras nociones de las ciencias y de las letras de la antigüedad. A la literatura árabe se le ha llamado por algunos críticos, la segunda hija de la griega y se les hace acreedores a la gratitud eterna de la humanidad por haber preservado las enseñanzas de los indostánicos y griegos, cuando éstos ya no producían más, y Europa permanecía todavía demasiado ignorante para hacerse cargo de ese preciado depósito.

Y España, que por tantos siglos vivió dominada por los musulmanes; que cruzó su raza con la de ellos— bastantes ejemplares de esa mezcla existen todavía hoy, sobre todo en lo femenino, de ojos negros como paloma, cabellos negros y ondulosos, tez morena lavada, de cuerpos flexibles y de torneadas líneas, ágiles para la danza; rasgos característicos de aquellas Chebanes, Medina Azaras, Itimades, cantadas por los poetas moros, y que hoy se ven en la moderna andaluza. Los españoles, que por otra parte, asistieron a las escuelas musulmanas en la época de Alhaquen III y de Almanzor, decimos, no han podido dejar de recibir, directamente, la influencia de esa cultura, pues como lo declara Menéndez Pidal, no debiera sorprender a nadie que una forma lírica árabe se propagase por el mundo latino, "sino lo que había de sorprendernos, y mucho, sería que ninguna se hubiese propagado".

"La resistencia", agrega el mismo autor, "de muchos eruditos a aceptar la influencia arábigo-andaluza sobre la primitiva lírica románica se funda en un prejuicio muy arraigado: la falsa creencia en la incomunicación intelectual de los dos orbes, cristiano e islámico".

Pero no sólo en Francia y en España, afirma Menéndez Pidal, sino también en Italia y en Inglaterra, puesto que la colección de cuentos orientales de origen hindú y árabe, los de "Las Mil y una noches", traducidos al latín por el judío converso Pedro Alfonso de Huesca, sirvieron a Bocaccio y a Chaucer para sus producciones literarias. (7)

Pero hoy más,— Don José Antonio Conde, autor de otra historia de la dominación de los árabes en España, y traductor, a su vez, de poesías de éstos al castellano dice: "Aun en esta parte, he querido imitarlos en la traducción, haciéndola en nuestros versos de romance; que es género de composición la más usada en la métrica arábiga, de donde procede la nuestra. Lo he hecho así porque salta a los ojos esa prueba material del orígen antiguo de nuestra métrica. Cuando pueda publicar una traducción que tengo hecha de varias poesías árabes probaré en un discurso preliminar la gran influencia de la poesía arábiga en la castellana".

Y por lo que hace la lengua castellana, concluye Conde: "Pues nuestra lengua debe tanto a la arábiga, no sólo en palabras, sino en modismos, frases y locuciones metafóricas que puede mirarse en esta parte como un dialecto aljiamiado".

Cita el mismo autor algunas obras castellanas antiguas escritas en sintáxis arábiga; "y no les falta sino el sonido material de las palabras para tenerlas por obras escritas en muy propia lengua árabe". (8).

Leyendo uno las traducciones que trae González Palencia, como el bello y nostálgico canto a una palma, de Abderrámen I; las de Abulmajxi; la *casida* de Abulbeca, de Ronda, vertida a metro castellano idéntico al de las coplas de Jorge Manrique; las de Motamid en el desierto, "el mejor poeta de su tiempo"; las de Abensaid, el Magredi, de Granada, que canta con sentida añoranza al Guadalquivir, a Málaga y los amenos vergeles de la tierra andaluza; en fin, las de Said y otras tantas, casi todas traducidas por Don Juan Valera; leyendo esas poesías, decimos, nos producen ellas la misma emoción que la lectura de las del Arcipreste de Hita, las de Raimundo Lulio, las de San Juan de la Cruz, las de Fernando de Herrera, *el Divino*, o bien, las modernas de Rodrigo Caro, de José Zorrilla y de Francisco Villaespesa.

Si hasta en la música y en algunos de sus

instrumentos dejaron los musulmanes bien impresa su influencia en la moderna española. Sabemos que las *cañas, ronderas, playeras,* que escuchan hoy día los turistas del siglo xx, cabe los floridos prados andaluces, tienen tonos y aun nombres árabes; ya que la chirimía, la dulzaina, el laud, la guitarra y las castañuelas, son los mismos que aquéllos usaban. Muchos de los bailes españoles actuales, revelan, asimismo, su fuente típica oriental de voluptuosa sensualidad. Tienen éstos, ritmos y euritmias, de las mismas danzas que ejecutaban las hermosas esclavas moras en las suntuosas mansiones de los Emires, Califas y Taifas; ya bajo el espléndido sol andaluz, o a la luz de plateadas lunas, "en la enramada verde, del céfiro amoroso" que movía, dulcemente, los olivares y los dorados naranjales que rodeaban los palacios de aquellos magníficos señores del Oriente, tal como nos los describieron sus mismos poetas en la época de la dominación.

Hay otros autores modernos que piensan que si es verdad que los árabes alcanzaron un alto nivel de cultura, como ocurrió el año de 934, época de su culminación, el genio español que permanecía entonces adormecido desde Paulo Orosio y San Isidoro de Sevilla, en los siglos vi y vii, y durante el rápido brote del siglo x con San Eulogio y Alvaro de Córdoba, productos todos ellos, de la cultura latina del siglo de Augusto, supo, en tiempos de la dominación, aprovecharse de esa cultura árabe, atesorando su caudal, que al juntarse con la humanista del Renacimento, produjo en España su Siglo de Oro, cuando el pensamiento hispano logró, por su ciencia y su literatura, imponerse en toda Europa.

No estará demás reproducir aquí lo que a este respecto piensa Waldo Frank:

"La Idea del Islam entra en la tierra de España, y las huestes musulmanas que la conducen y la mantienen la establecen en el sur, donde su asiento es fácil, y cuando arraiga, levantan una cultura casi sin semejante, cuyo origen espiritual es opuesto esencialmente a la Idea del Islam, puesto que la Idea del Islam no puede echar raíces... Entre tanto, en España, continuó la absorción de las sangres invasoras. El cristiano, el árabe, el berebere y el copto—cada uno ya de remotos cruzamientos—se mezclaron... Después de cien años de la invasión africana, España se encontró habitada una vez por españoles... España vive como un árbol de raíces avaras y de ramas amplias y protectoras: se alimenta del viento y del agua y de los rayos fieles del sol. Todo lo que entra en España es España". (9)

Tampoco estaría fuera de lugar citar la opinión de Benedetto Croce acerca de la influencia que España llegó a ejercer en Europa en el siglo xvii, derivada ella, cabalmente, y en no menor parte, de la cultura árabe, desarrollada en dicho país desde el siglo x hasta el xiv.

Escribe Croce: "... y la lengua española estaba tan difundida, (en Italia, Francia y Alemania) que los embajadores empleaban intérpretes para hablar ante el senado veneciano y los españoles nó. Todo el mundo se había hecho español y el castellano era la lengua necesaria entre todas las que se hablaban entonces". (10).

Es notorio que ese predominio del pensamiento y la lengua hispana que se hizo sentir en Europa y en América desde el siglo xvi, lo fué porque su cultura ya madura, procedía, primero, de la Universidad de Córdoba, fundada por lo árabes, y después del Colegio de traductores toledanos, fundado por Alfonso Sabio; y por último, de la difundida por las famosas universidades de Salamanca y de Alcalá de Henares, centros de donde irradió la cultura castellana.

Las autoridades antes citadas y los trozos de poesías árabes reproducidos, dan derecho a creer, con perdón sea dicho del gran don Marcelino Menéndez Pelayo, que la cultura árabe influyó en la española asi como en la europea. Podría aceptarse, sin embargo, que dicha influencia no llegase hasta lo espiritual anímico de los sojuzgados, dada la gran diferencia que existe entre los dogmas de las religiones mahometana y cristiana, como se vió que, a pesar de los largos siglos de dominación de aquélla sobre ésta, y de los inúmeros mártires sacrificados por los árabes, no pudo ser destruida la fé del alma española; pero sí es preciso admitir que esa cultura dejó bien impresas sus huellas en la expresión poética, en la música, en la arquitectura, y aun en el aspecto físico de la raza hispana. La banda audaz, comandada por Taric en 711, que irrumpió como un alud sobre el antiguo *Andalus,* sujetando por espacio de ocho siglos todo el sur de España, dejó, como bien dice Waldo Frank, la Idea del Islam en el suelo de la viejo Iberia, para que injertada a la de ésta brotara esa cultura castellana, vigorosa y fructífera, que desde el siglo xvi viene derramándose, a manos llenas sobre todos los pueblos del mundo.

San José de Costa Rica, y setiembre de 1942.

Notas

(1) *Emilio García Gómez.* Revista *Escorial.* Nº 6; abril de 1941.

(2) *Angel González Palencia.* Historia de la Literatura Arábigo-Española. Colección Labor (Página 398 y siguientes).

(3) Dámaso Alonso, en *Escorial* de Madrid, enero de 1941.

(4) *González Palencia:* ob. citada.

(5) *Gaston Paris.* La Litterature Francaise au Moyen Age (páginas 119 y 241).

(6) *R. Dozy:* Hist. de los musulmanes de España. (Tomo 2º, página 96).

(7) *Ramón Menéndez Pidal.* Poesía Arabe y Poesía Europea, (páginas 34 y 35).

(8) *José Antonio Conde.* Dominación de los Arabes en España. (Introducción al Tomo Iº, páginas XVIII XIX y XX).

(9) *Waldo Frank.* España Virgen.

(10) *Benedetto Croce.* España en la vida italiana del R.



Esta es la columna miliaria del *Rep. Amer.* En ella inscribimos los nombres de los suscritores que por años de años, hasta el final de sus días, le dieron su apoyo. ¡Ricos de espíritu fueron!

Cuentos breves

(En el *Rep. Amer.*)

Mal vivir

A Pablo y a su mujer les gustaban las discusiones, sobre todo las que terminaban en golpes. El se quejaba de ella, era respondona y malcriada. Su mujer peleaba porque él se emborrachaba y no le gustaba trabajar. Un día el marido se cansó de la continua lucha, pues a los hombres no todo el tiempo les gusta la guerra, y abandonó su casa por algunos días.

Pablo hablaba mal de las mujeres. Ninguna era buena; unas tontas, otras corrompidas, todas habladoras y mal genio. Sin embargo, este buen señor, pensaba diferente de ellas cuando se emborrachaba, y así, una noche conoció a Marta, y se la llevó a vivir con él. Varias semanas transcurrieron. Pablo y Marta vivieron tranquilos y felices hasta que la noticia llegó a oídos de su esposa, quien envió a su suegro para reprocharle su mal comportamiento.

—Pablo, por Dios, ¿cómo puedes tener relaciones matrimoniales con una mujer de mal vivir?

—Viera Ud., papá, contestó el pródigo, con ésta vivo muy bien, con quien tengo mal vivir es con la otra.

Tradición

Los milenarios cedros del Líbano se mecen suavemente al ritmo de los pensamientos de la vieja Kemly. Muy lentos, al principio le vienen los recuerdos de sus cuarenta años de vida en América. Días gloriosos, de trabajo alegre y fructuoso, en compañía de su hijo Salomón. De América trajo la oriental las monedas de oro que hoy tiene enterradas a la sombra de la paria de su casa. Sólo así siente su tesoro seguro la vieja Kemly. Ella ya conoce las miradas sedientas de oro de algunos soldados nazis. Sus dos hijas no saben, aunque sospechan, el secreto de la madre. Las hijas de Kemly llevan otro nombre ahora. No saben de sus años de fatiga y economía. Las monedas serán para Salomón. El es hombre y por eso le hace más falta el dinero. Su hijo está en América. Con ella emigró. Era peligroso dejarlo al cuidado de extraños en el Líbano. Sin él regresó, pues casó allá. Los cedros del Líbano con su ritmo callado incitan a pensar a la vieja Kemly. Mi hijo y la guerra en América, murmura la anciana. ¡Oh Alá Todopoderoso!, el corazón me destroza la guerra en América. ¿Y si hubiesen matado a Llamil, el único hijo varón de mi hijo? Las mujeres poco mueren en la guerra, casi ni hacen falta... Los milenarios cedros del Líbano se agitan enfriando a la tradicional vieja árabe. Soplan cada vez más fuerte. Los cedros parecen negarle cobijo a la oriental.

Por entre las parras y los limoneros surgen dos siluetas. Son las hijas de Kemly.—Mamá, ya es hora de que regreses a casa, hace una hora te andamos buscando. El mundo está en guerra y tenemos que sembrar. La Siria y el Líbano ansían la libertad de sus días de gloria. Malditos sean el yugo y el fanatismo que han detenido su marcha. Los hijos de las hijas de Kemly forman parte del ejército defensor del Líbano. Pero ellos tampoco llevan el apellido de la vieja. Por eso no hacen sangrar su corazón, piensa la árabe. Levántate madre y no llores. Alá, el Magnánimo, ha de permitir que pases tus últimos años tranquila. Tu hijo y tu nieto han de sobrevivir a la guerra. La lucha más fuerte está aquí, aquí donde también tienes muchos otros nietos. Levántate, madre, que ya se hace tarde, Los cedros del Líbano se mecen al compás de plegaria. ¡Oh Alá Poderoso, termina la guerra, y dá libertad a los árabes, al pueblo del cual salió tu profeta.

VERA YAMUNI

(Costa Rica, II-1943).

La libertad de prensa en Costa Rica

(Al conmemorarse su centenario: diciembre, 1942).

Ecuatorianos en el periodismo costarricense

Juicio de un ecuatoriano de la época sobre Pío Víquez

(En el *Rep. Amer.*)

Siguiendo en los archivos de la Biblioteca Nacional las huellas de Federico Proaño, el castizo e ingenioso escritor y periodista ecuatoriano (*Rep. Amer.* - mayo 23-1942), di con los caminos de la prensa costarricense. Me entré por ellos, y, grata sorpresa, me encontré con otros hombres de pluma de mi patria. Junto a éstos, o diseminados en el tiempo, halléme con grandes sombras costarricenses. En el periodismo y en el Gobierno. En el Gobierno, en relación con el periodismo. Mandatarios, en diversas épocas, que al afirmar el derecho a la libre expresión del individuo por medio de la imprenta y al llevar a la práctica sus afirmaciones, honran a Costa Rica.

En la ley de 1832 esta declaración se lee: "La libertad mental y la expresa, son tan absolutas, que ninguna censura previa, ningún reglamento, ningún Tribunal especial o común podrá restringirla. El trastorno mismo del orden constitucional, la rebelión armada, ni la guerra civil, no serán un motivo para reprimirla". *El Mentor Costarricense* (1842) luce en la vitrina de la Biblioteca Nacional donde se lo exhibe, sobre todo por la alta luz bajo la cual aparece en el estadio de la República: la "augusta libertad de imprenta", con que su vida se le garantiza, ya que, sin esa libertad irrestricta, no podría conocerse bien la "opinión pública, que debe ser el oráculo de un gobierno libre y popular", según la elevada declaración del Jefe Provisorio de Estado, don José María Alfaro. En *La Gaceta* (1858), órgano del Poder, se leen opiniones de ciudadanos particulares criticando al Gobierno. Al Presidente Castro se le pide un día restringir la libertad de prensa. ¿Su objeto? Poner coto a las oposición. El Presidente se niega y responde a los solicitantes: "Respeto la Constitución; contra la prensa la prensa", y les da una imprenta para que combatan, en la palestra de las ideas y de la discusión abierta, a la Oposición. Esto se admira, no puede dejarse de admirar, especialmente ante el espectáculo actual de la negación de todas las libertades, impuesta en tantas naciones de la tierra.

Ecuatorianos toman parte directa y prolongada en la vida periodística de Costa Rica, durante el siglo pasado y el presente. Hemos hablado ya acerca de Federico Proaño. Este funda, dirige y redacta *La Escoba*, *Otro Diario* y *El Maestro*, allá en los ochentas. El poeta y médico César Borja, perseguido a igual que Proaño por la tiranía y el despotismo de los gobiernos de su patria, funda en San José, en 1895, la *Gaceta Médica de Costa Rica* y la dirige hasta 1899. A la par, es Secretario de la Facultad de Medicina y Vocal de la Junta de Gobierno de la misma, y, en este carácter, y aprovechando de sus conocimientos adquiridos en Europa, encabeza la campaña que termina por erradicar la fiebre amarilla en Alajuela.

Manuel Alfredo Casal, periodista católico, dirige y redacta, con don Carlos María Jiménez, al principio, y solo después, *El Independiente*, diario que dura cinco años (1907-1911).

Según el acucioso historiador don Francisco María Núñez, Juan José Flores, el primer Presidente del Ecuador, tuvo que ver mucho con *El Costarricense* (1846-1849), semanario oficial del Gobierno. Y pues que hablamos de Flores en Costa Rica, otro historiador, don Alberto Quijano Quesada, en su libro *Costa Rica. Ayer y Hoy*, dice que a Flores "se le atribuye, entre otras actividades, la paternidad del decreto de 30 de agosto de 1848, durante el Gobierno del doctor Castro, que reforma la Constitución, declarando la soberanía de la nación con el nombre de la República de Costa Rica y quedando así desde entonces libre de todo compromiso que la uniera a la Federación Centroamericana, ya disuelta de hecho desde 1839".

Pío Víquez

Sus servicios a la nación debieron de ser, en efecto, muchos y valiosos, pues el Congreso de 1849 le declaró "Ciudadano Esclarecido de la República", título que Flores, profundamente agradecido, siente no poder aceptar, con palabras suyas, "ya por ser incompatible con los derechos que me corresponden de Ciudadano Ecuatoriano, ya porque no me considero acreedor a recompensa tan espléndida, que la Patria reserva para premiar los grandes servicios de sus hijos". El decreto del Congreso, en su parte substancial, reza: "El Excmo. Congreso Constitucional de la República de Costa Rica, deseando dar al ilustre General don Juan José Flores un testimonio de gratitud nacional por los importantes servicios que ha hecho a la República y que pertenezca a la familia costarricense el que tanto ha sabido apreciarla, decreta: Art. único: se declara al Señor General don Juan José Flores, Ciudadano Esclarecido de la República", etc.—Flores se halla íntimamente ligado con el nacimiento y primer desarrollo de la República.

Los nombres de Juan Montalvo y Lorenzo Montúfar se mezclan en la prensa de Costa Rica, bien que Montúfar guatemalteco, es Magistrado costarricense y alta pluma en el diarismo liberal de entonces. En vida y a su muerte, Montalvo escribe acerca del ilustre Montúfar páginas perennes.

Para cerrar estas apuntaciones, transcribo, para el lector costarricense, estas hermosas palabras del dicho poeta y médico ecuatoriano César Borja, escritas a la muerte del gran Pío Víquez. Halladas en una publicación de la época, las doy aquí, juntando, tras el tiempo, a esa admiración la mía. Donde quiera que se levante una pluma de artista o una pluma libre, la admiración es una dimensión sin fin. Pío Víquez tuvo ambas.

Manuel Crespo
(*Encargado de Negocios del Ecuador*)

Costa Rica, febrero de 1943.

Necrología

Damos a la Prensa nacional nuestro sentido, sincero pésame, por la muerte violenta y prematura del escritor costarricense Pío Víquez. Fue el señor Víquez un hombre genial por su talento, su verbo y su estilo. Poseía como pocos el don de expresar clara y cumplidamente sus ideas; y, como pocos también, sabía reírse amargamente de la tragicomedia humana, desquitándose, con gracia punzante e intención profunda, de la poca generosidad con que a él le trató la suerte Fue Víquez escritor fácil, ameno, castizo y original; escritor de buena cepa; periodista de la misma raza de Ricardo Becerra, Pacífico Arboleda, Abelino Aramburú, Blanco Cuartín y muchos otros de Hispano-América. Era, además, artista de inspiración y de vocación; sólo que la fatalidad había encerrado a la musa graciosa y gallarda de esa mente olímpica, entre las líneas rígidas e inflexibles de la galera del diario político y social; entre las cuales barreras de acero, la propia opinión, la buena fe, la sinceridad, la independencia, el alma toda del periodista, se retuercen acosadas, heridas, martirizadas por ese monstruo de mil cabezas llamado *el público*, y violentadas a cada paso por las tiranías humanas, entre las cuales la más temible, la más implacable, la más odiosa, es la tiranía política. Y entiéndase bien que hablamos en tesis general, pues lo que a este respecto de Pío Víquez decimos, podríamos aplicarlo, cambiando nombres, a otros escritores y a otros países hispano americanos.

¿Faltóle el carácter a Pío Víquez?...

¿Quién puede asegurar que no le tuvo, cuando por no romper la pluma de águila que trajo él en la diestra a la vida, trazó con ella, mojándola en tinta de mil colores, una caricatura abigarrada del hombre, de la vida, y de la vanidad?...

Nosotros mismos le criticamos mil veces, en el interior de nuestra conciencia, esas sus evoluciones, nada vulgares por cierto y sí ágiles y audaces, aunque en el fondo tristes. Pero hoy que ese hombre ha muerto para el tráfago del mundo: hoy que, sobre las podredumbres del mundo y de la carne, se destaca ante nuestro espíritu ese espíritu, seríamos injustos y perversos si no le señaláramos redimido y purificado por la vida y la muerte; por la vida del mundo, que es un martirio para el talento; por la muerte redentora, que le emancipa del ambiente depresivo y corruptor de las pasiones humanas.

Si nos fuese permitido, recordaríamos a propósito de Pío Víquez, sin desdoro para su memoria, este soneto expresivo y bello de Baudelaire:

O Muse de mon coeur, amante de palais,
auras-tu, quand Janvier láchera ses Borées,
durant les noirs ennuis des neigeuses soirées,
un tison pour chauffer te deux pieds violets?

Ranimerás-tu donc xes épaules marbrées
aux nocturnes rayons qui percent les volets?
Sentant ta bourse á sec autant que ton palais,
récolteras-to l'or de vóutes azurées?

Il te faut, pour gagner ton pain de chaque soir,
comme un enfant de choeur, jouer de l'encensoir,
chanter des Te Deum *auxquels tu ne crois guére.*

Ou, saltimbarque á jeun, étaler tes appas
et ton rire trempé de pleurs qu'on ne voit pas,
pour faire épanouir la rate du vulgaire.

César Borja

Mayo 11-1889.

Mis recuerdos de Urbina

por JESUS ZAVALA

(En el *Rep. Amer.*)

Preludio.—Era muy niño aún cuando principié a deleitarme con sus versos. ¡Con qué fruición, con qué inefable encantamiento los recitaba en alta voz! ¡Y cómo me subyugaba el ópalo alucinante de su prosa!

Años más tarde, en mis mocedades estudiantiles, no obstante mi pobreza, en numerosas ocasiones preferí adquirir "El Mundo Ilustrado", sólo por leer las crónicas de Urbina, a yantar.

Díaz Mirón, Othón, Urbina. ¡Cómo se me llenaba la boca de sal al pronunciar sus nombres! Y ¡cómo les imaginaba! No eran hombres, sino superhombres.

Encuentro.—Desde niño soñé conocer la capital de la República. La palabra "México" hallábase revestida, para mí, de embrujado encantamiento. Pero no fué sino hasta principios de 1918 cuando realicé mi sueño. Una feliz casualidad hizo que conociera al maestro, quien después de haber apurado los hieles del desencanto y del exilio, por tierras de Martí y de Cervantes, había regresado a la patria, ávido de reposo y ternura.

No recuerdo cómo conocí a Guillermo Jiménez: mas el caso es que una mañana esplendorosa, muy cerca de las doce del día, en que caminaba al azar por la banqueta del edificio principal de Correos que ve al Palacio de las Bellas Artes, que aún se hallaba en construcción, le encontré con unos libros bajo el brazo, y después de saludarme, me dijo: "Acompáñame, te voy a presentar con Urbina". Y aunque ardía en deseos de conocerle, tímidamente me resistí a aceptar la invitación, pues no alcanzaba a imaginar qué impresión le causaría nuestra vista; pero como Guillermo insistió y me tomó del brazo, encaminamos nuestros pasos a lo largo de las calles de Santa María de la Redonda, hasta llegar a la vetusta casa de vecindad marcada con el número 151, que jamás he olvidado ni se borrará de mi memoria.

Al arribar, Guillermo llamó a una puerta que se halla a la derecha del cubo del zaguán, y desde el interior una voz suave y varonil contestó: "¡Adelante!" Al entreabrir la puerta, reconocí en el acto al maestro, cuya efigie me era familiar, que aún se encontraba metido en el lecho y que—mientras mi amigo me presentó a él, aludiendo a mi procedencia provinciana y a mi incipiente labor literaria—, nos ofreció asiento y se sentó en pijama al borde de la cama, luciendo su fina y ondulada cabellera, su mirar tierno y melancólico y sus ralos mostachos caídos. Y en tanto que nos refería cómo después de haberle acechado insistentemente, logró en sus mocedades estrechar la mano de don Justo Sierra, yo atisbaba la pobreza de la pequeña habitación: cuatro paredes encaladas y desmanteladas, sin más vano que una ventana de cristales por la que penetraba la luz a torrentes, una cama de hierro angosta y desvencijada —que era la misma en que se hallaba sentado—, tres o cuatro sillas, un modesto lavabo, un vetusto y apolillado ropero y aquí y allá, regadas sobre los muebles, algunas prendas de ropa.

Guillermo rogó al maestro que pusiera dedicatoria a dos de los libros que llevaba— "Puestas de Sol" y "Lámparas en Agonía",—y él lo hizo de buen grado.

Cerca de media hora tardó la visita, durante la cual me subyugó su amabilidad y su benevolencia, la amenidad de su conversación, el tono dulce y agradable de su voz y la suavidad de pétalo de rosa de su pequeña mano, entre la cual sentí resbalarse la mía.

Al despedirme, en vísperas de retornar a la provincia, no pensé que, más tarde, sin dejar de ser el maestro, fuera a la vez el dulce amigo.

Confieso que esta visita no dejó de desconcertarme, pues jamás sospeché conocer a Urbina en circunstancias tales ni, mucho menos, encontrarle sumergido en tamaña pobreza.



El amado e inolvidable "viejecito" *Luis G. Urbina*, en el café de la Plaza de Santa Ana, de Madrid.

(Dibujo de *Ernesto García Cabral*)

Cortesía de *Jesús Zavala*.

Aparición.—Poco después de haber regresado a la provincia, supe que Urbina había emprendido el vuelo camino de Buenos Aires, donde permaneció breve tiempo, y de allí a España. Desde aquellas lejanas tierras enviaba periódicamente sus "cuentos vividos y sus crónicas soñadas" a los diarios metropolitanos, en los que tenía ocasión de leerlos con la misma avidez y la misma fruición de antaño.

Más tarde, el mes de febrero de 1920, con la sed de saber en los labios y la inquietud de soñar en el alma, me trasladé a la capital de la República.

Dos grandes espíritus, noblemente desinteresados, me tendieron desde luego sus brazos: el primero fué el alto poeta veracruzano José de J. Núñez y Domínguez, que ya de antemano me había abierto las puertas de "Revista de Revistas", de la que era director y el segundo el maestro Antonio Caso, que me estimuló e incorporó a la vida universitaria. Mas tarde me nutrí también con las enseñanzas de Pedro Henríquez Ureña, cuyo espíritu socrático despertó en mí el amor a la investigación literaria y la curiosidad filosófica. Jamás podré olvidar la generosidad de estos tres sabios y distinguidos maestros.

Durante los años de 1920 a 1924, "Revista de Revistas", que en aquellos días se encontraba instalada en los altos del viejo caserón de las calles de Nuevo México, marcado con el número 86, era el centro de reunión de lo más granado de la intelectualidad mexicana. Poetas, escritores, pintores, escultores y dibujantes solían reunirse a diario en la redacción, en la que se hacía derroche de talento y de gracia.

Una mañana fría y riente de enero de 1922, se presentó de improviso en la redacción con su pequeña estatura, su amplio sombrero de negras alas, su sonrisa de niño y su imprecindible bastón, el inolvidable "Viejecito", que destilaba bondad y ternura y que acababa de retornar de tierras españolas. Abrazos, sonrisas, exclamaciones, festejaron la súbita aparición del poeta y denotaron al afecto y la admiración que siempre inspiró. Quietud y silencio se engarzaron a la fuente lírica de su conversación. Era largo lo que tenía que contar. Había viajado y había vivido mucho. Al salir de la redacción, nos dirigimos al bar más cercano donde, en torno de una amplia mesa redonda, vimos temblar el oro viejo del cognac en pequeñas e irisadas copas y apuramos el paradisíaco zumo de las vides, al influjo de la charla exquisita y jovial del "Viejecito". Todos a un tiempo, presas del júbilo más desbordante, levantamos la copa y brindamos por él. Y desde aquel instante en que por segunda vez sentí resbalar mi mano entre la suya de seda, fué todo a un tiempo para mí: poeta, mentor, amigo y camarada.

Luces del prisma.—Urbina venía con el ánimo de reanudar sus antiguas labores periodísticas. Y, desde luego, púsose a escribir una serie de crónicas, que vieron la luz en "Excelsior". La primera, que era una remembranza de los hermanos Machado, apareció el 9 de enero. El maestro, que detestaba el ruido del teclado de las máquinas, solía escribir sus artículos a mano, en un escritorio plano que se hallaba en uno de los ángulos de la redacción de "Revista de Revistas". Y en tanto que él escribía, procurábamos guardar silencio. Sólo de cuando en cuando se oía rasguear la pluma en las cuartillas del papel. Al terminar, suspiraba satisfecho, y, en ocasiones diversas, nos leía lo que acababa de escribir, antes de enviarlo a la imprenta.

Aunque nadie ignoraba que se encontraba entre nosotros, el gran público no tuvo oportunidad de testimoniar su presencia, sino hasta la noche del 10 de enero en que, agradecido por las atenciones que Ruy Lugo de Viña le dispensó en la Habana durante los amargos días de su exilio, gustoso se prestó a tomar parte en la velada que se organizó en honor del mencionado periodista cubano, que a la razón se hallaba de paso en esta "alegre y confiada" Ciudad de los Palacios, y que tuvo lugar en el anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria. Al presentarse Urbina, la concurrencia le manifestó su admiración y cariño, tributándole una estruendosa ovación. El homenaje se repitió cuando el poeta, después de glosar un pensamiento de Goethe, poniendo de relieve que la ingratitud es signo de inferioridad mental, recitó varios de sus admirables poemas: "Oración Pagana", "Vieja Lágrima", "Mattinata".

El 14 de enero, por la tarde, se le vió concurrir a los funerales de don Rafael Reyes Spíndola, que durante largos años fué director de "El Imparcial", en el que Urbina dejó impresos su inspiración y su talento.

Cinco meses consecutivos, de enero a mayo, convivió con nosotros, al cabo de los cuales, impelido por un recóndito drama familiar y comisionado por la Secretaría de Educación Pública para hurgar en los Archivos de Indias, enderezó de nuevo la proa de su nave rumbo a España.

El Romero Alucinado.—Accediendo a una invitación de Manuel Gamio, que en aquel entonces era director del Departamento de Ar-

queología, y para festejar el décimotercero aniversario de la aparición de "Revista de Revistas", el sábado 24 de enero de 1922, la flor y nata de sus colaboradores, entre los que se encontraba Urbina, se dió cita en los andenes de la Estación del Ferrocarril Mexicano, para dirigirse a Teotihuacán.

A las nueve de la mañana, el tren diurno que conduce al puerto de Veracruz, partió llevando en uno de los carros de primera clase, aquel haz de inteligencias que en bulliciosa camaradería, entre broma y risas, desgranaba la pirotecnia de su ingenio. Entre los viajeros se encontraban Urbina, el vate Núñez y Domínguez, Nicolás Rangel, Alfonso Toro, Ernesto García Cabral, Gabriel Alfaro, Roberto Núñez y Domínguez, el vate Frías, Martín Gómez Palacio, Mariano Martínez y, por último, yo.

Al llegar a Teotihuacán, lo primero que hicimos fué admirar la ciudadela. Después, desde lo alto de las pirámides, contemplamos la maravilla del valle, y al final de cuentas, visitamos el museo y las excavaciones hechas para poner a descubierto la ciudad antigua.

A mediodía se nos sirvió un suculento banquete en las grutas y, mientras libábamos y comíamos, una típica orquesta regional nos regaló los oídos con sus melancólicos y originales sones. Xóchilt y Heliogábalo se unieron en extraño maridaje. Bebimos y comimos en abundancia y el buen humor se derramó a torrentes.

Al finalizar el banquete, Urbina se sintió cansado y se quedó dormido de codos sobre la mesa. En esos instantes se acercó García Cabral y, asiendo el lápiz, trazó sobre el mantel una prodigiosa caricatura del "Viejecito". Todavía lamento no haberme adueñado del lienzo, porque considero que con él se perdió uno de los más estupendos dibujos del "genial monero".

Al descender el sol tras las montañas todos se dirigieron apresuradamente a la estación, temerosos de que los dejara el tren que habría de conducirlos de regreso a la ciudad estridente y pecadora.

Sólo yo me quedé abandonado en las grutas, en compañía del maestro Urbina, quien, con pasos lentos y cansinos, se levantó del lugar donde había estado dormido y, apoyándose en mi brazo, me dijo: "Caminemos, hijo mío"... Y en tanto descendían las sombras de la noche, encaminamos nuestros pasos lentamente, por el largo sendero que conduce a la estación. No habíamos llegado a la mitad del camino, cuando oímos el silbido del tren que anunciaba su partida.

Cada vez la sombra era más densa. En lo alto las estrellas asperjaban los diamantes temblorosos de sus corolas. Y, apoyados fuertemente, uno junto al otro, continuamos andando hasta llegar a la estación. Cerca de dos horas hubimos de esperar a la intemperie un modesto tren de carga, que fué el que lenta y perezosamente nos trasladó al lugar inicial de nuestro viaje. Eran casi las doce de la noche cuando nos encontramos de nuevo en la Estación del Ferrocarril Mexicano. Al salir de ella, el maestro ascendió a una vieja y desvencijada "calandria", que fué la que le condujo a su hogar, en tanto que yo me dirigí paso a paso a mi domicilio, bajo la lluvia de alcanfor de los arcos voltaicos.

No he querido dejar pasar en silencio este episodio, porque, como es fácil comprender, constituye para mí uno de los más caros recuerdos del maestro.

Un mes y días después, el 18 de febrero, asistimos de nuevo al desfile de la Faunalia, en los espejeantes canales de Xochimilco, donde vimos a Apolo coronar de rosas las frentes morenas de nuestras venus indígenas.

El último vuelo.—A su retorno a España, de cuando en cuando escribía a sus amigos, por cuyo conducto me enviaba saludos. En 1924 publicó su libro "Los últimos Pájaros", que me obsequió con una cariñosa dedicatoria.

A mediados de 1925, vino por última vez a México, donde permaneció tan sólo quince días. Ocupaciones oficiales nos privaron de su constante compañía; pero, a pesar de ello, tuve oportunidad de volver a sentarme a la mesa junto a él. Esta fué la postrera vez que tuve la dicha de estrechar su mano.

Más tarde, las noticias de su creciente enfermedad no dejaron de inquietarme y entristecerme.

El lirio desmayado.—La mañana del 19 de noviembre de 1934, encontrándome aún metido en el lecho, al pasar la mirada en uno de los diarios me sorprendió la noticia dolorosa de su muerte.

En el acto me levanté sobresaltado. Sentí que el universo entero se desplomaba sobre mí. Y —¿a qué negarlo?—los ojos se me humedecieron de llanto. E instantáneamente pensé que sus restos no deberían reposar en tierra extraña y, en seguida, tomé la bocina del teléfono para decir al vate Núñez y Domínguez, quien fué su discípulo más preciado, que era indispensable y urgente que se gestionara al traslado de sus amados despojos para que se les diera sepultura en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

El vate Núñez y Domínguez no desoyó mi ruego y, poco tiempo después, presas del más intenso dolor, asistimos a sus funerales. Y, por segunda vez, desde las puertas del Panteón Civil hasta el lugar en que hoy descansa, cargué sobre mis hombros el lirio desmayado de su cuerpo.

La elegía del retorno.—Maestro: Ya estás aquí. Ya te encuentras de nuevo entre nosotros. Ya nunca más podrás emprender el vuelo. Tus deseos se han cumplido. Ya descansas en tierra mexicana, "tierra sin flores, pero tierra tuya".

¡Maestro, amigo mío: duerme en paz!

México, D. F., 1943.

Versos nuevos de Carlos Luis Sáenz

(En el *Rep. Amer.*)

La danza de Tlaloc

"Hacían esos naturales una fiesta de ocho en ocho años a la cual llamaban: ayuno de pan y agua".—*Sahagún.*

Descansemos al pan tan fatigado:
desnudo esté de cal y de salitre ; de toda vestidura,
como niño que nace,
al viejo pan de nuestras hambres;
que se remoce en la mazorca nueva,
dulce en la milpa tierna; que descanse.
A su fatiga de mil bocas y cuerpos,
desde Entonces hasta Hoy, demos reposo.
Que duerma el pan desnudo
con el dormir del mar y el cielo ya sin luna,
y nuestra sangre, un día, cuando se aquiete
como las cascabeles tras su celo.
Sí, sí, que duerma
cuando tiene su sueño de descanso
todo lo creado.

Si este día le perturbas
su noble sueño con reposo,
el sueño estéril, necesario,
tu carne ha de podrirse con lo injusto
y se caerá a pedazos
desprendida de la firme osamenta...
¡No lo toques,
ni lo aliñes con sal!... Es la costumbre.

Mientras está durmiendo el pan,
con los que danzan,
alegremos el cuerpo de los vientos,
alegremos el cuerpo de la tierra,
alegremos la voz del fuego vivo,
alegremos la voz del agua fértil,
alegremos a los que no han nacido,
y que nos oigan alegrar la vida
los que en la luz pasada
los brazos y las piernas movieron en la ronda
con la danza de ahora
que mueve nuestros pies tras la ventura.

Mariposas y moscas, lunas,
cuyeos y águilas,
pájaros, monos, loros y mosquitos,
soles y vientos, olas,
todas las formas, todos los colores y sonidos,
y hasta lo sin color y sin sonido,
como es el sueño, venga a nuestra danza.

Que venga la salud, como agua limpia;
los oficios impropios del guerrero:
los que venden la fruta,
los que cargan la leña de los bosques,
los que soplan el fuego de la hoguera;
que figure la lepra en nuestros giros
al lado de los dioses: el del pulque,
el del fuego y el de las cosechas,
el de las redes llenas de mazorcas,
el de la flecha que en el agua pesca.
En la forma de todo lo que vemos
puede el hombre que danza hallar ventura.

Seamos unos de ámbar, otros, de oro,
o de jade, o de concha, aún de hueso
o de piedra labrada;
seamos también la rana de dos colas,
el sapo de la balsa, o el lagarto,
o el colmillo filoso de los tigres;
seamos todo,
cada uno buscando su ventura
bajo la forma propia, en la Gran Danza
del ayuno del maíz y del agua.

Mira, el Monte Sagrado de los Vientos
ha vuelto a ser azul y Ellos danzan,
verdes, azules, rojos, amarillos;
en los bosques, también sobre las aguas
de los ríos en sombra,
en los ponientes achiotados,
bajo los vivos cielos de las guamacayas
y en las ramillas secas
donde cantan pequeños chupaflores
y en el cocotero
donde se mece en su tejida bolsa la oropéndola.

Recoge el algodón, Abuela mía;
hijo, corta el maguey de buena fibra;
corran las manos sobre los telares.
Los de la lluvia parten
en sus grises canoas y en el Gran Río
se despiden;
a cinco direcciones distintas se encaminan;
van enjugando un llanto sin congoja
porque son buenos y fecundos

y, como nuestro Abuelo,
dejan cien hijos a cada una de sus diez mujeres.
¡Míralos alegres,
soplados por los vientos con luceros!

Tlaloc,
bajo tus ojos de miradas alegres y tranquilas
corren los ríos y también se embalsan
y hay esteros con garzas y lagartos;
cuajó el maíz en las mazorcas duras;
lo llevaremos a las casas;
sobre el metate muelen las Abuelas
y en la hamaca los niños ya no lloran.
¡De nuevo es mozo el pan y dará fuerza!

Dancemos
en torno al que nos mira en su silencio,
al dueño de las aguas,
cuando el cielo
se desviste de nubes y reluce;
en los días oscuros
su caracol de fuego enciende el aire,
en lo dormido de la noche clava
su macana de concha y va sembrando;
canta en la sombra el sapo,
se desborda el estero y el río hinchado
lleva su voz al mar, y se hace nueva madre
de los maizales tiernos y dorados.

Tlaloc,
en tus regazos crece
el niñito de roja cabellera
y ombligo blanco y la ranita verde;
Tlaloc,
tu voz más que la sombra,
penetra el corazón de la montaña;
Tlaloc,
amigo de los peces grandes
y las tortugas de carey pequeñas
recién nacidas en la arena tibia;
Tlaloc,
esposo de la arcilla y del barro.
Dejamos en tu piedra las mazorcas,
rojas y blancas,
teñidas con la sangre de los buenos, ¡Tlaloc!

Mientras danzamos,
todo ha crecido con la lluvia tuya;
cumplido está el ayuno de maíz y de agua;
demos vueltas en torno de tu piedra
y de tu balsa;
cojamos con la boca las serpientes
de la abundancia y, sin parar,
tomemos de las cestas los tamales
con las lágrimas que lloran las Abuelas, acordárr-
que para la otra fiesta de tu nombre [dose
ya serán muertas.
Tlaloc, bajo tus ojos que nos miran en silencio
corran siempre los ríos de la chicha
de tinaja en tinaja.
¡Eá! ¡Dancemos en torno de tu piedra y de tu
Tlaloc! [balsa.

Costa Rica, 1942.

San Rafael Negro

En la niebla pasa, oscuro,
el arcángel de los peces.

Los negros bajo la palma
le muestran dientes de nieve.
El Arcángel les sonríe
y les muestra el mar sonriente
donde su espada de estrellas
hacia lo hondo resplandece.

Los negros cantan y anudan
rotos nudos de sus redes.

Mañana, al alba, saldrán,
por las olas que amanecen
floridas de ojos redondos
y de escamas de oro alegres.

Que el Arcángel ha pasado,
el Arcángel de los peces,
con alas de sal oscura
con plumas de sol y brea.

(Limón. Novbre.—942).

Contrapunto

La negra, la negra, negra,
—¡la blanca que yo quisiera!
resbala, sirena de aire
su música de caderas.

¡Ay!
¡Qué curvas de madera!
¡Sí! ¡No! ¡Nooo!

Tambo, tambo del tambor.
¡Ay!
La luna negra ligera
tiene blanco su talón.
Ron.

Con un trago de ron,
cómo se alegra el negrón
belfudo.
¡Ay! Sobre la arena, sí,
qué boca de clavelón, mudo.
¡No! La cintura te ciñera
la cola del tiburón.

Tambo, tambo del tambor.
¡Qué música de caderas!
En la marea bullanguera
se rompe y acaba el són
de un golpe de su talón.
¡Ay sí! ¡Ay nooo!

(Limón. Novbre.—940).

Dos sonetos de Román Jugo

(En el *Rep. Amer.*)

Ella es así...

Ella es así . . . voluble y caprichosa:
nunca sé si me quiere o me aborrece;
ayer lloró en mis brazos, temblorosa,
mas hoy su indiferencia me enloquece.

Ella es así . . . en mi ansiedad, por eso,
muerde mi boca el freno de la espera
antes de que ella calme con un beso
la impaciencia febril de mi quimera.

Ella es así . . . inútil es amarla;
es inútil luchar por olvidarla
e inútil es sufrir por sus desdenes:

sólo podrá mi amor, en su memoria,
fundirse en el laurel de la victoria
que mi fracaso ceñirá a sus sienes.

Costa Rica, 18-VIII-42.

La sonrisa

Fué un instante de luz . . . tú me miraste:
misteriosa y sutil, dulce y lejana,
tu mirada tejió una filigrana
y así en cárcel de encaje me encerraste.

Prisionero febril, ansioso y triste,
alternando temores e ilusiones,
sufría yo de tu encanto las prisiones
que, inconsciente e ingenua, me impusiste.

Cuando, hundida en la angustia de la espera,
se borraba en la noche mi quimera
como el humo disperso por la brisa:

abrió las puertas de mi celda austera,
como invierno trocado en primavera,
la maravilla ideal de tu sonrisa.

Simbad

Volvamos a nuestras exploraciones en libros, folletos y otros papeles que nos llegan.

—o—

Recojamos la lección de Enrique Espinoza en su artículo *La reconquista de Hudson*, como aparece en el Nº 18 de la selecta Revista *Babel*, Santiago de Chile; por cierto que este Núm. 18 es un Homenaje a Guillermo Enrique Hudson en el centenario de su nacimiento (1841-1922).

Dice E. E. en las pp. 87 y 88:

Lástima que Hudson no haya encontrado todavía entre los literatos argentinos un traductor de pareja envergadura y temperamento, capaz de unir su nombre a la firme prosa de *Allá lejos...* y *El Ombú* como está unido el de Lugones a los mejores cantos homéricos en nuestro idioma.

Desgraciadamente, quien pudo hacerlo con mucha competencia entre nosotros, no era bastante desinteresado para intentarlo por su cuenta y riesgo. En cuanto al gobierno que debió encargárselo, sólo insistió en nombrarlo académico por su obra juvenil de poeta. No supo aprovechar su capacidad para una labor menos decorativa y eso que como burócrata, el hombre se ayudaba durante años con traducciones inocuas del inglés para los magazines populares.

Esta falta de administración de nuestros bienes perdurables no es sin embargo de ayer solamente. Su origen es lejano, arranca desde la misma Independencia. Si el país hubiérase constituido bajo la experta dirección de Rivadavia es probable que Hudson no tendría hoy la necesidad de ser traducido o retraducido, pues de seguro el tierno vástago del pulpero norteamericano habría encontrado en Chascomús una escuelita elemental donde fijar en nuestro idioma sus primeros recuerdos de los pájaros del Plata.

—o—

Una novela cuya lectura nos angustia: *Luz de agosto*. Es de William Faulkner. Acaba de publicarla SUR, de Buenos Aires. La traducción es de Pedro Lecuona.

Cojamos estos párrafos:

. . . El domingo por la noche, reunión para rezar. A Hightower le ha parecido siempre que ésa es la hora en que el hombre se aproxima a Dios, más que en ninguno otra de los siete

días de la semana. Entre todas las congregaciones de la iglesia, sólo en ésa hay algo de la paz que constituye la promesa y fin de la iglesia. Si alguna vez, es entonces cuando el espíritu y el corazón han purgado; ha transcurrido la semana; y los desastres que haya podido haber han terminado, se han resumido y expiado en la serie y solemne furia de los servicios mañaneros; ni la semana siguiente ni los desastres que puedan ocurrir han nacido aúno; y el corazón se tranquiliza para un corto período bajo el soplo fresco y suave de la fe y de la esperanza.

Sentados a oscuras en la ventana le parece estar viéndolos. *Ahora se juntan, franquear la puerta. Ya han llegado casi todos.* E inclinándose un poco hacia adelante empieza a decir: "Ahora, ahora"; y como si hubiera estado esperando a su señal, la música comienza. Los acordes del órgano resuenan armónicos y sonoros en la noche de verano con un matiz de humildad y sublimación, como si hasta las voces liberadas —extáticas, solemnes y profundas en un volumen creciente— asumieran formas y actitudes de crucifixión. Y sin embargo, hasta la misma música —como toda la música Protestante— tiene tanto de dura, de implacable, de deliberada y desapasionada como de inmolación, de ruego, de petición, no de amor, no de vida; sino de que les sea prohibida a otros, pidiendo con voz sonora la muerte como si la muerte fuera una dádiva. Como si los que la aceptaran y elevaran la voz para alabarla sin cesar después de lo que la música alababa y simbolizaba les había hecho lo que eran, se vengaran, mediante aquella misma alabanza, de lo que les había hecho así. Y al escuchar, le parece oír en la música la apoteosis de su propia historia, de su propia tierra, de su propia sangre cercana, de la gente de que procede y entre la que vive, y que jamás acepta el placer o la catástrofe, ni escapa de ellos, sin jactarse; que no parecen poder soportar el placer, el éxtasis y que escapan —así como de la catástrofe, idéntica, y, al parecer, ineludible— mediante la violencia, la bebida, la pelea y la oración. *Y de ese modo, ¿por qué no ha de empujarles su religión a la crucifixión de sí mismos, a crucificarse uno a otro?* piensa. Le parece oír en la música la declaración y propósito de lo que saben que han de hacer al día siguiente. Le parece que la semana pasada se ha precipitado como un torrente y que la semana próxima, que empezará mañana, es el abismo, y que la corriente ha lanzado al borde de la catarata un único grito armónico, sonoro y austero, no como justificación sino como un saludo de moribundo antes del salto final, y no a ningún Dios sino al condenado de la celda con barrotes al que pueden oír los fieles de su iglesia y los de las otras dos, que levantarán una cruz para crucificarle. "Y lo harán de buena gana", dice junto a la ventana a oscuras. Y siente que su boca y los músculos de la mandíbula se le distienden con algo premonitorio, con algo más terrible que la risa misma. "Como el compadecerle equivaldría a confesar la duda en sí mismos y la esperanza y la necesidad de la piedad, lo harán de buena gana, alegremente. Por eso es tan terrible, terrible, terrible." Y se inclina hacia adelante y ve, entre las sombras, a tres personas que se acercan y doblan hacia la tranquera del jardín y cuya silueta se recorta contra la luz del farol de la calle.

—o—

En la sección *Noticia de libros*, alguna vez ya hemos dado cuenta de haber aparecido el tomo Quinto de la *Historia del Mundo*, por José Pijoán. Lo recibimos por medio de la Casa Editora: Salvat Editores, S. A. Barcelona-Buenos Aires. 1941.

Como una atención del autor.

En el Explicit Historia, dice Pijoán: "Aquí termina o se interrumpe para nosotros la *Historia del Mundo*. Hace sonreír que se acabe o se interrumpa una Historia de la humanidad, aunque sea por corto tiempo. Han sido precisos más de veinte años para componer los cinco volúmenes de esta obra, pero esto nos ha proporcionado la suerte de poder asistir al planeamiento de una crisis que acabará transformando a la humanidad. Es seguro que dentro de veinte años habrá ocurrido el desenlace, con tales cambios, que hará necesario otro volumen. Ojalá el cronista que continúe entonces esta obra no la encuentre ideológicamente atrasada. No sólo avanzamos hacia el futuro, sino también hacia el pasado: rectificando nuestra apreciación de lo sucedido". (Cambridge, Mass. 1940).

A propósito de este tomo V de la *Historia del Mundo*, nos dice Pijoán en carta de 2 de octubre de 1942:

"Al imprimirse el volumen el editor me comunicó debían pasar las pruebas por la censura y yo consentí conformándome en que se quitara todo lo que quisieran pero no se añadiera nada. No se quitó nada y *se añadieron* 8 *líneas* que a Ud. le será fácil reconocer como añadido, postizo el estilo y las ideas. Lo demás es absolutamente mío y lleva bastante de lo mío, para permitir que se le *entrometan* 8 *líneas*. Por esto no he protestado. Cuando se baja a la arena, si se dan cien golpes —más de cien doy yo—, se debe uno callar si le dan uno a él."

Hace poco, en carta de 13 de enero de 1943, nos vuelve a decir Pijoán:

Haga Ud. el apartado o nota que dijo acerca de las 8 *líneas* que añadió la censura. Pero recuerde que yo di autorización para que *quitaran cuanto quisieran, sin añadir nada*. No quitaron nada y añadieron 8 *líneas*. Supongo ni el editor se enteró. A mí me dan una impresión antiestética, no se aviene con el resto del texto. El resto del volumen me deja vengado.

Don José Pijoán también observa, sigue los pasos de luz ajenos, tiene la palabra de estímulo que conviene, le interesan los jóvenes. Así, en carta de octubre 2 de 1941, me dice:

En el último número del *Repertorio* había un artículo de Eugenio (se refiere al Dr. *Eugenio García Carrillo*) sobre el hablar de los locos, que me interesó muchísimo. Lo pasé al Dr. Lafora que está aquí (en México, D. F.), él quería hacer algo semejante en España, pero siempre deseando hacerlo mejor o definitivo, acabó por no hacer nada. Sería bueno que se continuaran esas observaciones que sugiere, todo cuanto se estudie anormal produce una gran luz para conocer lo normal".

Y en carta de 22 de octubre del 1941, y desde México, D. F., añade:

Ayer me llegó el Nº del *Repertorio* dedicado a Chile. Muy bien! Además venían las *Dos páginas* del Dr. García. No tiene idea del efecto que me hicieron. Sí: la civilización a cañonazos. De cualquier modo: por el diablo si no la trae nadie antes. En España había muchos que por pura pereza decían había de dejarse aquello "pintoresco" que quería decir sucio y enfermo. Yo escribí un artículo al *Sol* titulado *El hombre que va cantando en el borrico*. Acababa diciendo: "Yo, y el hombre que va cantando en el borrico, nos vamos a civilizar". Lo que cuentan estas *Dos páginas* confirma mi idea: el salvaje no es feliz —porque está enfermo. Si tiene el *Sol* busque aquel artículo de los tiempos de la 2da. República. Debía ser por los años 33 ó 34. Le envío un artículo que acabo de publicar sobre los frescos de Orozco en Méx.

—o—

Anima recibir adhesiones de esta calidad:

University of Illinois
Urbana, Illinois, U. S. A.
Dic. 17 de 1942.

Sr. D. Joaquín García Monge
Apartado de Correos X
San José, Costa Rica.

Muy distinguido señor:

Adjunto envío mi cheque de 5 dólares para continuar mi suscripción al *Repertorio Americano* durante 1943. Como siempre le felicito por el gran interés y la extraordinaria vitalidad y fuerza del *Repertorio*. ¡Ojalá siga como es, una excelente guía para los hombres de buen corazón!

Quedo de usted

affmo. atto. y ss.
John Van Horne.

Este benévolo, generoso Mr. Van Horne es uno de los Profesores en el Depto. de Español e Italiano de la Universidad de Illinois. Nos conmueve su invariable amistad y protección.

—o—

Otro Profesor generoso y bueno: El Dr. Baltasar Isaza Calderón, Doctor en Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. El es panameño. Un día, el 6 de julio de 1942, nos dice:

Querido don Joaquín:

Le hago llegar, junto con un saludo muy afectuoso, mi contribución anual para el *Repertorio*. Con la lentitud que ahora impera en el servicio de correos, sigo recibiéndolo, y advierto, con satisfacción, que a pesar de la guerra, cada vez más cercana a nuestras playas, y de las dificultades de otro género que ella trae consigo, usted prosigue su apostolado americanista con una perseverancia y nobleza de miras que nunca le estimaremos bastante cuantos todavía ponemos nuestras mayores esperanzas en los valores espirituales de la vida.

Téngame por su admirador y amigo muy sincero,

En agosto 19 de 1942, nos dice:

Recibí su carta, muy afectuosa, y algún tiempo más tarde, dos ejemplares de la *Antología* de Luján. Me ha gustado mucho. Está hecha con muchísimo cuidado, con un gran conocimiento de la psicología infantil, y la avaloran extraordinariamente, tanto desde el punto de vista artístico como desde el pedagógico, los admirables dibujos de Amighetti. Está, por otra parte, muy bien editada, lo que constituye un mérito más para asegurar el buen éxito del libro.

En carta de octubre 5 de 1943, añade:

"En el periódico *Afirmación Nacional*, que yo

(*Concluye en la página* 79).



(Tela de *Max Jiménez*)

Max Jiménez

Exhibe 12 Telas en la *Galería Lyceum* del 20 al 29 de noviembre. La Habana, 1942.

Al tratar de penetrar la plástica de Max Jiménez nos vamos percatando de lo que puede y obtiene el esfuerzo cuando un deseo sensibilizado abre resortes para acudir a la llamada imperiosa de la creación. Obra de esfuerzo, energías concretas, es la obra de Max Jiménez el poeta, el escultor, ahora el pintor. Pintor, repitamos sin adjetivarle, pero reconociéndole ganado por esfuerzo el acceso a un campo pictórico donde la holgura no reina ni el halago seduce. Al Max Jiménez pintor—artista de siempre—es necesario ubicar entre los que no adulan con la vista ni se gozan con sentidos hiperestésicos. Tenemos que incluirlo entre los luchadores a la manera bárbara, desinteresada, por haberse iniciado en un camino poco halagüeño, erizado de guijarros afilados, aspirando a la zona más amarga y lesiva de la plástica de siempre, a ese grado terrible y grotesco de las formas irredentas, congestionadas de grosor y fuerza que se proponen gravitar o volar sin adiciones ni tropiezos con el resto del cuadro. Para escrutarle esta su manera pictórica nos será preciso siempre tener en cuenta su historial de escultor. Es más, casi llegaríamos a afirmar que este nuevo empeño suyo es una consecuencia de su etapa de escultor. Max Jiménez, para anudarse a la escultura andaba a caza de piedras y granitos de aquella su Costa Rica natal, tierra libre, indomable, erizada, bordeada de sílex. Así fijaba el conocimiento del material en su medio justo. Después, al acero tajar y penetrar moléculas apresadas la forma iba apareciendo con aspecto fetal en esa irresistible persecución de lo desconocido, cuando la piedra va diciendo lo que quiere ser y la voluntad le sigue. Deseo inorgánico dictado al hombre dentro del misterio maravilloso del arte. De ahí le vemos a Max Jiménez extraer su concepto terroso, pétreo, de la pintura. Aunque en su obra se consigue a veces lo inmediato, lo palpable, lo objetivo casi directo, sus temas siempre lo constituyen seres irreales, preadánicos, iniciadores de toda vida, envueltos en gases o metales imposibles, emergiendo junto con la vida de un planeta que pudiera ser la tierra. Pintor de cosas fantasmales debía ser un calificativo para la imaginación pictórica de Max Jiménez que usa colores inexistentes y dota a sus criaturas de una carne gigantesca que surge donde su idea plástica le llama y se infla y se reduce en un capricho constante por crear lo desconocido. Contiene además, una intención de paisaje en los fondos aunque su insinuación se detiene donde lo posible vaya a asomar para dejar su naturaleza irresoluta persiguiendo una alta finalidad estética. En esta exposición, Max Jiménez presenta dos pequeños ensayos de paisaje en los que afirma su propósito de visiones inéditas. En uno, los árboles, los elementos, yacen arremolinados, dispersos, en una luz inventana en grises; en otro, unas palmas se apretujan y echan raíces al aire para comprobar su irrealidad en aquel ambiente purpurino. Así, cumple una finalidad más de desnaturalización que le aconseja su fantasía y su conciencia de pintor lanzado hacia el futuro a horcajadas sobre una difícil cabalgadura que llegará a su destino, que tiene y debe llegar a una meta, porque aunque arisco y agrio de presencia, le conduce lo honesto, lo sincero de su propósito.

JOSE GOMEZ SICRE

De la Vida y de la Muerte

XVII

De la guerra y de la paz

(En el *Rep. Amer.*)

Dos aspectos tiene toda guerra, y ambos igualmente grávidos: el material y el espiritual. Si desde que el hombre apareció en la Tierra y empezó a ambicionar y a combatir se hubiera tenido presente este objetivo doble, seguramente que hoy no tendríamos que presenciar la actual contienda, a la que se ha llegado por incomprensión de los fines que la trajeron.

Atenas y Esparta a la defensiva contra Jerjes, y después combatiéndose entre sí; Roma contra Cartago; Egipto en su estructuración y en su expansión posterior; los helenos contra los egeos; Alejandro en su avance hacia Oriente; Gengis Kan en su dilatación rumbo a Occidente; los árabes al internarse en Europa; la Rusia de Pedro el Grande; la Suecia de Gustavo Adolfo; la Prusia de Federico; la ambición de Napoleón; la guerra del 14. . . son intenciones malsanas que contemplaron sólo uno de los dos aspectos mencionados, y, aun en esta contemplación, se pecaba de doble egoísmo, ya que el afán de conquista material se refería al engrandecimiento del Estado, sin pensar nunca en procurar bienestar a los ciudadanos.

Ha habido siempre un desequilibrio marcado entre las facetas señaladas; es más, mientras el objetivo material ha sido el blanco de toda lucha, lo espiritual nunca ha sido contemplado. Hasta en el descubrimiento y conquista de este continente americano, con todo y hablarse de un orden de finalidades morales, lo único que se buscó fué el oro, y cuando no se halló, se procuró conseguirlo comerciando con los cuerpos de los desdichados indígenas. . .

La Guerra del 14 se ganó para las democracias teóricamente, pues perdieron, por ineptas, la paz. Si hubieran sabido ganarla, hoy el mundo no lloraría tanta tragedia. La perdieron, por no haber prestado atención al segundo aspecto. Contemplaron al hombre como un sér mecanizado, como un animal que trabaja, come y se divierte. No tuvieron en cuenta la parte espiritual que lo dignifica, a pesar de hablarse de un móvil, de un imperativo, de un sentir religioso. Intentaron arreglar las cuestiones internas con empréstitos que no se podían pagar, y luego, ante la realidad de la desconfianza mutua, se apeló a la idea descabellada de la autarquía. "No os necesitamos", ésta fué la nefasta consigna que presentaron los pueblos entre sí. Cada úno se creyó capaz de bastarse a sí mismo, y a una traba de un gobierno, se respondió con otra más absurda. Se entorpeció el libre tráfico, con obstáculos consulares; el intercambio comercial con aranceles inconcebibles; el afán de lucro, con empréstitos locos, que al no pagarse ocasionaban la ruina de los otorgantes y la mayor cerrazón de los que los hicieron; y ante tal estado de cosas, la paralización por falta de demanda, y el aumento de los parados y los descontentos. Aquellos que habían ofrecido su vida y su bienestar por una causa que les parecía justa, se dieron cuenta de que su sacrificio había sido peor que inútil: perjudicial, ya que un estado de cosas insostenible había venido a suceder a otro menos malo. Consecuencia de todo ello fué el caos: aumento de la prostitución, de la infecundidad, de la inmoralidad, secuelas de la miseria moral. Los desórdenes habían de sucederse y de ellos salir los falsos mesías que habían de llevarnos, de nuevo, a la idea extinta del imperio, y, de consuno, a las ansias de reivindicaciones territoriales que habían de conducirnos donde estamos.

La enseñanza del próximo pasado puede pesar mucho en el hecho de que, ahora, al ganar las democracias la guerra, ganen, para siempre, la paz. El estudio del Vice-Presidente Wallace acerca de la realidad del futuro, es una garantía de que los aliados, con los Estados Unidos a la cabeza, se preocupan tanto de una como de otra victoria. Pero, que yo sepa, sólo se ha venido contemplando el aspecto económico global de los pueblos, y, ¿el del hombre?

Pensarán algunos que el úno entraña el otro, y no es verdad. Porque según el modo de considerar la propiedad, sea ésta la que sea, la tranquilidad no es para todos, sino para los que una riqueza de bienes materiales los sitúa en una posición de superioridad con respecto a los que no la poseen. Y es este desnivel lo que produce tragedias cruentas. Mientras no se remedien tantas diferencias, no será posible un estado satisfactorio durable. Y no se vaya a creer que queramos referirnos a la tan debatida cuestión social que no se arreglará, tampoco, considerando una de sus facetas, la económica; pues hay otras que pesan tanto como ésta.

Dando a los que no tienen en perjuicio de los que sí tienen, en muchos casos agravaríamos el mal, pues es un exiguo número el que sabría y podría utilizar este beneficio para fines nobles. Es preciso preparar, antes, a las masas, para merecer tales mejoras.

Todos sabemos cómo los fines más elevados son bastardeados por

aquéllos que sólo un afán concupiscente les anima. Todo partido, todo movimiento, toda aspiración tiene su judas que deshonra y desvirtúa los objetivos apetecidos.

Hemos llegado a un punto que ya no nos importa saber si los imperativos éticos provienen de la naturaleza como quieren los continuadores de Bacon, Hobbes, Spencer y sobre todo Rousseau, o son extraterrenos, impuestos por una entidad inasequible. Lo que interesa es dar realidad al axioma de la igualdad del hombre ante la ley, considerando siempre las diferencias por cantidad de inteligencia, aptitud y vocación para el trabajo, moralidad, etc., que siempre han de y deben pesar en la consideración.

Precisamente, para que estas diferencias fuesen menores, ya deberíamos haber implantado ciertas medidas prohibitivo-proteccionistas tales como: la no generación de los tarados; recta y global protección a los pequeños cuidando de su salud tanto como de su moral; dar habitación propia sana, alegre y confortable a todos los que trabajen; imponer más armonía entre el capital y el trabajo; limitar el lujo inútil; ayudar al arte a encauzarse nuevamente; desterrar del mundo la frivolidad y la hipocresía, aunque vengan con marchamo de formulismo social!

La naturaleza del hombre es dual, como el Universo. Hoy, el Estado apenas se preocupa de uno de los dos aspectos y lo poco que hace, lo hace mal, porque lo que debería ser intención humana, cae en manos de partidos políticos que aprovechan la dejadez para elevar bandera en contra del bando contrario, dando ello lugar a que, la nueva casta de políticos, medre.

Es de justicia velar por la salud del cuerpo y para ello hay que dar: alimento sano y suficiente, trabajo ordenado, habitación confortable, recreo honesto, remuneración justa, seguridades para el caso de enfermedad, vejez y muerte. Dándole al cuerpo lo que de él es, el alma será noble y elevada y sabrá cifrar la felicidad, más que en los goces corporales, en la armonía entre ella y el Cosmos, cuyas leyes iría conociendo lentamente, logrando la verdadera libertad, ya que se sentiría aislarse de un mal nacionalismo, de un fanatismo religioso, de una politiquería ramplona y vulgar y, en cambio, acabaría el hombre por considerarse ciudadano del mundo, con todo el cariño al terruño propio y digno heredero de los bienes divinales.

LORENZO VIVES

Hacienda "San Lorenzo". Alajuela,
Costa Rica, 1942.



(Madera de *Carlos M. Salazar Herrera*)

Un cuento de Carlos Salazar Herrera

(En el *Rep. Amer.*)

Un matoneado

Ya nada tenía que pensar. Todo estaba pensado ya.

Eran las cinco y media de la tarde.

Gabriel Sánchez, escondido en el matorral, abrazado a su carabina, acechaba la vuelta del atajo por donde solía pasar todos los días Rafael Cabrera, a las seis de la tarde, cuando iba para su casa.

¡Todo estaba pensado ya!

Gabriel dispararía distante a ochenta pasos largos del corte caminero que da la vuelta al Cerro de los Pavones.

Allá, el camino solitario y confianzudo.

Aquí, el matorral encubridor y agazapado.

Por allá pasaría Cabrera.

Por aquí dispararía Gabriel.

¡Las pagarás todas juntas! habíase dicho, y estaba dispuesto a cumplir su palabra.

Algún tiempo atrás adquirió la carabina en una armería cualquiera, cuya posesión mantuvo ignorada para todos, oculta en la montaña bajo unas cortezas impermeables.

Todo estaba pensado ya. No cometería torpeza alguna que pudiera descubrirlo. Para eso había calculado todos sus proyectos hasta la saciedad.

Y ahora, sentado sobre los talones, acariciando el arma, esperaba y esperaba, atisbando el recodo del camino.

Había decidido matonear a Rafael Cabrera, y para matonearlo estaba allí, inconmovible, como un monolito de piedra.

—Las pagarás todas juntas!...

Escondíase, grande y rojo el sol de marzo.

Por fin, allá al despuntar la vuelta del Cerro de los Pavones, con un fondo luminoso de celajes, apareció la silueta del otro.

Gabriel miró su reloj. Eran las seis en punto de la tarde. ¡Cumpliría su palabra!... Ya era cosa de unos segundos.

Entonces empezó a oír apresuradamente sus palpitaciones, y se enojó con su débil corazón.

Frente a él, a dos palmos, vió un racimo sazón de moras, arrancó unas cuantas y se las echó a la boca. Luego las escupió... porque no eran moras.

Aquel había llegado al lugar indicado para matarlo.

Este se puso la culata al hombro, sostuvo el resuello apuntando con toda precisión... y disparó.

El eco repitió el carabinazo.

Aquel se llevó las manos al pecho y cayó violentamente rodando por un pequeño declive, donde quedó boca abajo hundido en el polvo.

*

Gabriel Sánchez se alegró de haberlo matado, y comenzó a desarrollar su plan de regreso.

Bajando por un despeñadero llegó a la orilla del río, en cuyo profundidad arrojó la carabina. Buscó luego la canoa, que días antes había escondido entre las breñas de la ribera, y la puso a flote.

Remó. Remó usando toda la fortaleza de sus músculos, para librarse bien pronto de tan franca cortadura. Alcanzada la ribera opuesta, abandonó la canoa a la voluntad del río y se metió en la selva.

Ahora iba lento y sosegado, como si nada hubiera ocurrido. No pensaba siquiera en lo que había hecho. Eso lo dejaba para después.

Un pájaro bobo lo siguió largo rato saltando de árbol en árbol, hasta que se devolvió cansado de aquel hombre sin importancia.

El hombre sin importancia acabó de atravesar la selva, saliendo a un campo de pasto y después al camino carretero, ancho y sabroso.

Llegó a su casa, regocijadamente. Nadie había. Envolvió una toma de picadura de tabaco en un recorte de papel amarillo y le dió fuego chupándolo hasta colmar los pulmones.

¡Nadie lo había visto!

Echóse sobre una hamaca y sopló una columna de humo.

Entró la noche.

*

Fué cuando se dió a gustar la venganza a su sabor, gozándose del acierto de todo, y de su dominio contra la flaca naturaleza de los nervios. Necesitó luego fortalecer su conciencia con las poderosas razones que tuvo para matar, llevando a su memoria los motivos que originaron aquel juramento: ¡Las pagarás todas juntas!... Había cumplido con su deber íntimo, castigando hasta la muerte, con su propia mano, ya que la justicia en la mano de los jueces hubiera absuelto por falta de pruebas que, para él tenían tanta evidencia como escasos recursos para demostrarla.

—¡Rafael Cabrera estaba ahora muerto! ¡El lo había querido! ¡Se lo había ganado!... No faltaba más!

Y así, echado boca arriba, con las manos enlazadas debajo de la nuca, estuvo largo rato desgranando una mazorca de recuerdos viejos.

De pronto recordó que él solía permanecer todas las noches a esas horas en el comisariato del chino Acón, donde llegaban a conversar los peones y patronos de las haciendas vecinas. La

ausencia suya en aquella noche podría dar lugar a una sospecha; por otra parte, su hermano no tardaba en llegar, sorprendiéndose seguramente de encontrarlo metido en la casa, lo cual originaría una pregunta que resolvió evitar. Era preciso considerarlo todo. Hasta los más despreciables detalles, ahora y en el futuro, podrían significar una imprudencia.

Entonces Gabriel comprendió que, en cierto modo, había perdido su libertad.

Se dirigió al comisariato del chino Acón, igual que todas las noches, a charlar un rato con los peones.

Allí, posiblemente se comentaba ya el asesinato de Cabrera. Gabriel debería escuchar la noticia con afectado asombro. Quizás reprocharía indignado el crimen. Quizás agregaba luego con fingida tristeza: ¡Pobre señor Cabrera!... ¡No hay derecho para matar!

Iba caminando a paso lento, bajo la noche y entre los grillos. Resolvió desembarazarse en el camino de un fardo de cosas por pensar, pero la carga se le hizo más pesada con una angustia, que no supo por qué, se le encajó encima. Perdía la serenidad conforme se acercaba al grupo de sus amigos.

Tuvo la impresión de que llevaba marcada en el semblante la tremenda verdad que quería encubrir. Tuvo el temor de que sus propios ojos lo fueran a delatar. Sintió miedo de que él mismo, inesperadamente y contra su propia voluntad fuera a contarlo todo, víctima de una turbación.

Quiso arrancarse de golpe aquellas inquietudes, pero ya no pudo. Nuevos temores se le incrustaron en el cerebro.

¿Alguien vería el humo de la pólvora? ¿Alguien lo miraría bajar por el despeñadero? ¿Arrojar la carabina al río? ¿Remar en la canoa? ¿Echaría a la deriva? ¿Atravesar la selva? ¿Cruzar el pastizal?... Aquel pájaro bobo que lo siguió largo rato, ¿sería capaz de contar algo? Y se echó a reír; luego se asustó de oírse riendo.

No, nadie lo sabía. Todo fué un acierto... ¡Era preciso matar!...

Miró el reloj, eran las ocho recién pasadas.

Y echándose las manos en los bolsillos, con aire indiferente...

Entró en el comisariato del chino Acón.

*

El comisariato del chino Acón estaba lleno de gente. Gabriel saludó a los muchachos rozando con sus dedos el ala del sombrero y se fué a sentar en un ángulo de la tienda sobre unos cajones de mercaderías. Encendió un cigarrillo y, al levantar la vista notó que varios peones lo miraban con marcada insistencia.

Un hervor de sangre le recorrió atropelladamente todo el cuerpo.

Observó que entre todos los peones se había hecho un silencio todo lleno de crueldad. A las miradas de aquellos, se unieron las de otros y otros y otros más.

Tembló.

Se le helaron las manos y comenzó a sudar.

Algunos comentaron algo en voz baja mientras lo miraban de soslayo con aire misterioso. Después... ¡Nada!

Se oía el silencio.

Gabriel creyó necesario sonreír. Fué una risa dolorosa, estrujada por el miedo. Notó que le temblaban los ángulos de la boca. Se dió cuenta que no tenía fuerzas para hablar ni para moverse; que no tenía valor ni siquiera para que. darse allí mismo, inmóvil.

El Jefe Político acababa de entrar, y Gabriel pudo oír que dos o tres voces le decían sucesivamente: — A usted le toca.

El Jefe Político se adelantó con paso lento en dirección a Gabriel, seguido de algunos hombres.

En aquel momento Gabriel reaccionó. Lo negaría todo con la consiguiente sorpresa. Además, nadie podría probarle nada porque no hubo error alguno, estaba seguro. Levantó la cabeza y se llenó de magnificencia.

—Gabriel—dijo el Jefe Político,—Venga usted conmigo.—Y ya afuera, con voz piadosa: —Hará poco más o menos dos horas matonearon a su hermano en la vuelta del Cerro de los Pavones.

Simbad

(*Viene de la página 76*).

dirijo, he reproducido, para conocimiento y recreo del público panameño, algunos de los grabados de Amighetti, indicando, por supuesto, la procedencia. Estimo que con ello se beneficia también a los autores de la Antología, divulgando su meritorio esfuerzo".

Se trata, claro está, del libro: *Poesía infantil* (Antología). Selección, prólogo y notas de Fernando Luján. Ilustraciones de Francisco Amighetti. Soley y Valverde, editores. 1941. San José, Costa Rica

—o—

Nuestra María Leal de Noguera también nos dice cosas buenas. En carta de Sta. Cruz de Guanacaste, del 29 de marzo de 1942, nos anima en estos términos: "Luego, le cuento agradecida y contenta que he recibido con toda regularidad *Repertorio Americano*, mi revista favorita, cuya lectura le da a mi espíritu cada vez nuevas claridades, por más que no sepa decirlas y sigan siendo sólo mías las tonalidades de luz que en mis horas de silenciosa lectura pueblen mi vida interna.'

—o—

Agosto 12 de 1942, en Chicago: *Amimigos*, South American Digest.

"Tenemos el agrado de enviar a Ud. algunos números de la Revista *Amigos* en cuyas páginas hemos publicado el muy bien escrito cuento *El Diablo tiene un hijo*, que tradujéramos de *Repertorio Americano*. Ha gustado mucho, ya que es un estudio del alma poblana, de aquellos seres sencillos que saben encontrar "ajuste" a sus congojas o sentires con explicaciones tan propias de ellos. Nuestras mejores felicitaciones, apreciado señor Jiménez; lo exhortamos a proseguir y auguramos a Ud. bellos triunfos de su pluma magnífica. *Amigos* está ampliamente a sus órdenes".

Tal dice Paul J. Cooke, Director de *Amigos*, en carta al autor. El cuento de Ricardo Jiménez Alpízar se publicó en el Núm. 2 del tomo XXXIX del *Rep. Amer.*

*

(*Simbad* seguirá explorando. El campo es vasto... ¡Hay que hablar, amigos, hay que hablar!).

Un limpiabotas

(En el *Rep. Amer.*)

Después de muchos días de no verlo, una mañana apareció el mayor de ellos, con su cajoncillo de limpiabotas terciado a la espalda. Llevaba una cinta negra cosida a la manga de la camisa, se veía un poco pálido y unas ojeras moradas le daban aspecto de haber pasado muchas noches en vigilia. Había en su expresión un dolor hondo, del que parecía no poder apartar su alma. Me extrañó verlo llegar solo; lo había acompañado siempre un hermanito menor, que traía de la mano y casi a rastras. Se acercó al banquillo donde yo estaba leyendo, bajo un árbol del parque, y con voz entristecida, me dijo:

—Le limpio, Don...?

Era costumbre establecida entre él y yo; y casi todas las mañanas nos encontrábamos en el mismo sitio, donde todas las veces me ofrecía sus servicios. Lo miré con curiosidad; algo faltaba allí, y la escena que estaba acostumbrado a presenciar, parecía descompleta. Hasta esa momento llegué a darme cuenta de que se trataba del hermanito. No había venido.

—Y... tu hermano, ¿dónde lo dejastes?

Miró significativamente la cinta ceñida a su brazo, y respondió:

—Ya lo enterramos!

Lo dijo con tanto dolor, que no me fué posible ocultarle la emoción. Aquello parecía una protesta del que sufre la desgracia y ve a los otros gozando de la felicidad. Dos lágrimas rodaron por sus mejillas, en tanto que otras dos empapaban sus ojitos...

La semana pasado lo enterramos... ¿sabe...? Tanto que nos queríamos... Una tarde nos fuimos a pie hasta Santo Domingo, donde yo vivo, y nos cayó el primer aguacero del año, encima... Como tengo que llevar a casa la mantención... ese día no me alcanzó para el pasaje... Era muy debilucho... Dijo el doctor que había sido una pulmonía fulminante... Viera la desesperación que me dió...! Yo no tenía más gusto que poder comprarle media botella de leche todos los días... por eso me lo traía a San José... Mamá me consuela mucho, diciéndome que esa es la voluntad de Dios...! Qué raro, verdad..? En fin... talvez ha sido mejor así... Quién sabe si cuando grande... a lo mejor iba a ser muy desgraciado... y... ya se libró... Ahora debe de estar gozando de la presencia de Dios!

. . . .

...se alejó lentamente, buscando en los otros banquillos del parque, otros "Dones" a quienes ofrecerles sus servicios. El ruido de la calle ostentaba ese decrecer y volver a crecer que lo caracteriza... Los claxons de los automóviles disparaban su estridencia y apagaban la vocesilla del limpiabotas que se empeñaba en repetir con insistencia:

"Le limpio, Don?..."

RICARDO JIMENEZ ALPIZAR

Costa Rica, 12-X-42.

EDITOR:
J. García Monge.
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscrición mensual ₡ 2.00

Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública, no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — *José Martí.*

EXTERIOR:
UN TOMO: $ 3.00
DOS TOMOS: $ 5.00
Giro bancario sobre Nueva York
oro am.

Noticia de libros

(Indice y registro de los que nos envían los Autores, Centros de Cultura y Casas Editoras).



Nuevos libros de Medicina

Dr. Francisco León y Blanco: *El Mal del Pinto, Pinta o Carate.* Hasta ahora la única monografía moderna sobre el tema era la del Dr. S. González Herrejón, publicada en 1938 por la casa Bayer. El actual tomo de la colección *Balmis*, puede considerarse un pequeño clásico. La autoridad del Dr. León y Blanco, asociada al descubrimiento del treponeme de la enfermedad, y a la auto-inoculación de la misma, es únicamente comparable a la del Dr. González Herrejón, quien muchos años antes sostuvo la etiología espiroquetósica al acertar sobre el valor de la reacción de Wassermann habitualmente positiva. El haber elucidado en gran parte la cuestión del Mal del Pinto es un honor para la medicina latinoamericana. Este libro es indispensable para los médicos residentes en las zonas pintógenas, y aún en aquellas de la América intertropical en la cual todavía no se ha descrito. "Las discromías, que tanto han llamado la atención de los tratadistas del Mal del Pinto, no son más que la manifestación de trastornos de la función pigmentógena de los melanoblastas epidérmicos y de la distribución del pigmento ya formado, propios de todas las dermitis superficiales no destructivas o apenas destructivas, de larga duración".

*

Dres. F. T. Lord, E. S. Robinson y R. Heffron: *Quimioterapia y Seroterapia de la Neumonía.* La pulmonía es de tanta importancia práctica, como para justificar los numerosos estudios que sobre ella aparecen en la literatura médica. Esta monografía reproduce con gran detalle los resultados obtenidos por el Departamento de Salubridad Pública de Massachusetts. Todo lo relacionado con la seroterapia, indicaciones, precauciones, etc. está ampliamente descrito. Sin embargo, la voga justificada del sulfatiazol en el tratamiento de la pulmonía hace que este volumen nos parezca ya de poca actualidad; además, el mantenimiento de stocks de los varios sueros, las pruebas necesarias antes de la inyección, etc. hacen que la sueroterapia nunca haya tenido la utilidad en estos países latinoamericanos que tuvo o que tiene en Norteamérica.

e. g. c.

—o—

Los trajo el último correo, los señalamos, estos libros:

Atención del Hispanic Institute in the United States (Casa Hispánica, Columbia University, 435 West 118th Street, New York City):

William E. Colford: *Juan Meléndez Valdés.* A study in the transition from Neo-classicism to Romanticism in Spanish Poetry. New York. 1942.

(La vida de Meléndez Valdés. Fuentes y desarrollo de la poesía de Meléndez Valdés. Contenido de dicha poesía. Técnica y estilo de la poética de Meléndez).

David Miller Driver: *The Indian in Brazilian Literature.* New York. 1942.

(Cómo se ve en la poesía y en la novela brasileras).

*

Un libro de cuentos de María Teresa León: *Morirás lejos*... Editorial AMERICALEE. Buenos Aires. 1942.

(Son 18 los cuentos; *"de una belleza y una emoción subidísima"*). Con la autora: Santa Fe 3735- 7º. A. Buenos Aires. Rep. Argentina.

*

En la misma Editorial AMERICALEE:

Luis Alberto Sánchez: *El pueblo en la Revolución Americasa.* Buenos Aires. 1942.

(Dice el autor en la introducción: *"Los libros no engendran la vida: a lo sumo re-crean la historia. Somos nosotros con nuestras deducciones y decisiones, quienes los convertimos en materia viva. Con tal espíritu penetramos en las páginas siguientes. Como quien corre el telón y sale a la calle, abierta a todos los vientos, a los de ayer y a los de ahora, y tal vez, a los de mañana".*

En 4 partes: Los hechos. Las causas. El estallido. Contenido y expresión.

*

En un folleto, 5 estudios. El folleto: *Motivos venezolanos.* Quito. 1941. Los trabajos: V. M. Pérez Perozo: *Motivos venezolanos.*— Isaac J. Barrera: *Escritores de Venezuela.*— Benjamín Carrión: *Teresa de la Parra.*—Germania Moncayo: *Tríptico venezolano.*—Luis Bossano: *Antonio José de Sucre.*

Envío del Instituto Ecuatoriano-Venezolano de Cultura. Quito. Ecuador. Apartado 165.

*

En las Publicaciones de la Alianza de Trabajadores Intelectuales (Montevideo, 1941):

Víctor Dortti: *Veintidós meses de traición.* Desde el Pacto Nazi-Soviético hasta la agresión a la U.R.S.S. Prólogo de Emilio Frugoni.

Con el autor: Jackson 1346. Montevideo. Uruguay.

*

Son 18 poemas reunidos bajo el título: *División áurea.* Por Modesto Collados. Imp. Nascimento. Santiago. Chile. 1941.

(Atención del autor).

*

Una nueva edición del *Ismaelillo* de José Martí. Editorial Guaimaro. La Habana. 1930.

Hemos recibido el precioso librito de la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación. La Habana.

*

Un librito de apotegmas o pensamientos: *Prismas* (Primera entrega). El autor: Pedro María Dávalos. En Pasto, Nariño, Colombia. Octubre de 1941.

Atención del autor.

*

Una conferencia de Juan Felipe Toruño: *Función del pensamiento en estructura de la América nueva. La mujer, factor indispensable para la evolución.* San Salvador, El Salvador. Diciembre de 1942.

(En las publicaciones del Ateneo de El Salvador).

*

De Antonio Martínez Bello: *Notas para un Sistema de Estética.* La Habana. 1940.

En el prólogo dice Miguel Angel Carbonell: *"Domina en la personalidad de Antonio Martínez Bello la veta fliosófica. Pleno de cultura, con una mentalidad ágil, de variadas facetas, el investigador acucioso no eclipsa en él el talento original y fecundo... Observa, escruta. Jamás desdeña..."*

Atención del autor.